3 1761 08831809 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING LIST MAY 1 5

112

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cmoempiezaycomoa00eche

900 116

EL TEATRO
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

CÓMO EMPIEZA

Y

CÓMO ACABA

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

(PRIMERA PARTE DE UNA TRILOGIA)

POR

JOSÉ ECHEGARAY

SEGUNDA EDICION

MADRID
ALONSO GULLON, EDITOR
CALLE DEL PEZ, NÚM. 40, 2.º

1877

CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA.

8

CÓMO EMPIEZA

Y

CÓMO ACABA

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

(PRIMERA PARTE DE UNA TRILOGIA)

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el dia 9 de Noviembre de 1876.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

29—CALLE DE LA LIBERTAD—29

1877

4

Á LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA ELISA BOLDUN.

Ya que accediendo bondadosamente á mi ruego, acepta Usted la dedicatoria de esta obra mia, á Usted la dedico en prueba de admiracion, de gratitud y de respetuosa amistad.

Con profundo talento, con arranques verdaderamente sublimes, y siempre con altísima inspiracion, ha conseguido Usted, no sólo que el público acepte contra sus inclinaciones y sus gustos, sino que aplauda entusiasmado, esta sombría y peligrosísima creacion que en mi drama tiene por nombre Magdalena. Sean para mí las responsabilidades de acometer semejante empresa; sean para Usted la gloria del triunfo y la gratitud del autor

JOSÉ ECHEGARAY.

6

DOS PALABRAS AL PÚBLICO.

En estas breves, brevísimas líneas, no pretendo, ni excusar las faltas de mi drama, que supongo serán grandes, ni ponderar sus bellezas, si por acaso en él hubiere alguna, ni mucho ménos discutir las censuras de la crítica, sean justas ó no lo sean. Más modesto es mi propósito; y despues de expresar mi profunda gratitud para con el público, redúcese á dos únicas observaciones.

Hay quien dice que los medios ó artificios que empleo en el presente drama son falsos é inverosímiles, y que de antemano está preparada la catástrofe, como pié forzado de toda la fábula. Hay quien agrega que mi última obra es profundamente inmoral.

Ni unos ni otros tienen razon.

Los artificios dramáticos á que he acudido no son ciertamente fruto de mi ingenio, sino pedazos dispersos de la realidad. Loreto podrá ser, y es á no dudarlo, un tipo repugnante y odioso; pero de

Loreto tira el diablo anualmente miles y miles de ejemplares. Más que los apasionados asaltos del *amante*, pierden á la mujer la constante tentacion de la *amiga*, las facilidades que ofrece y las ocasiones con que brinda.

El hecho de entregar Torrente las cartas al esposo ultrajado no es tampoco parto de mi pobre imaginacion. Las crónicas escandalosas de las grandes poblaciones, como París, Viena, Madrid, y áun Lóndres, ofrecen por centenares infamias aún más infames, si así puede decirse, que esta que comete el loco y desesperado amante de Magdalena, al ver que de entre las manos se le escapa la presa que aún no ha devorado, y que estaba á punto de devorar cuando Don Pablo anunció su regreso. Poco sabrá de estas materias quien no sepa, no uno, sino muchos de estos casos. Y áun sin saberlos, poco sabrá de cálculo de probabilidades quien no afirme su realidad.

La resolucion de Magdalena de matar á su amante, ni es novedad extraña, ni en las crónicas del adulterio faltan precedentes; y en buena lógica no le queda otro medio de evitar que su esposo muera á manos de un espadachin. Porque es lo cierto, que este drama, que en la opinion de algunos, es de pura maquinacion y de trabajoso artificio, es, por el contrario, resultado directo de la más severa, de la más implacable lógica: *la lógica de la fatalidad, que es la que domina cuando en el alma humana la libertad moral cede su puesto á la pasion.* Tanto es así, que á la muerte de Pablo

por mano de Magdalena, no el capricho, sino el razonamiento me ha conducido, como podria demostrar fácilmente; y sólo al oir las críticas de algunos, al observar los escrúpulos de otros, al ver los temores de todos, y al replegarme en mí mismo buscando defensa, es cuando allá, en el fondo de mi memoria, como vago recuerdo, he hallado el de no sé qué causa criminal que há muchos años leí, y en la que, como circunstancia atenuante, se debatia si la esposa acusada dió ó no muerte á su esposo, ó intentó darla, por error material, creyendo castigar á su propio amante. Curioso fuera que en París ó en Viena haya sido realidad lo que parece delirio en mi drama.

En suma, CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA es obra de análisis, de estudio, de caractéres y de pasiones: no más. Y yo he escogido medios, he creado tal ó cual situacion, y he procurado dar relieve y hasta forma simbólica á la catástrofe, por medios, artificios y resortes tomados de la realidad viva y palpitante. Si drama de invencion fuese, y de antemano me acuso de inmodestia, algo más nuevo hubiera inventado que un *Galeoto* con faldas, unas cartas que llegan á manos de un marido, y un error material que reemplaza bajo el puñal de Magdalena, una víctima por otra.

Que no hay tal artificio, se prueba con sólo observar que el drama queda íntegro aunque se modifiquen todos los accidentes de los tres actos. Que se encuentren Magdalena y Torrente porque Loreto le llame desde el balcon, ó porque él mismo

se presente, ó porque le presente el tutor como artista notable, ó por cualquier otro procedimiento de la vida galante, ¿qué importa? Torrente con sus infames deseos, Magdalena con la tentacion en el alma y *sin querer vencerla*, al fin habian de encontrarse. En la *idea criminal* se manda, y se la puede vencer: en los *accidentes* del mundo exterior no se manda; ellos se imponen, y si el gérmen existe, le hacen brotar y crecer.

Que las cartas lleguen á Pablo por mandato de Torrente y por mano de Nebreda, ó por la venganza de un infame, ó por la codicia de un criado, ó por una combinacion casual; ó que no lleguen las cartas, sino el rumor del adulterio, ¿qué importa? repito. Siempre se oirian los gritos de Pablo y los gritos de María en el segundo acto; siempre pugnára Torrente por llevar consigo á Magdalena; siempre fuera de vergüenza y de deshonra aquél, que ántes de partir, saludaba Pablo diciendo:

¡Qué feliz será aquel dia
en que torne yo á mi hogar!

Que muera Pablo por un error material, eminentemente simbólico y artístico, y resultado lógico de la terquedad de Magdalena, y de su empeño en atajar el *mal* con el *mal* y no con la expiacion; ó que muera en desafío; ó que en un rapto de desesperacion se dé muerte á sí mismo, ¿qué importa? digo aún.

Estos son accidentes casuales que el autor dramático tiene el derecho de escoger; pero el pensa-

miento es siempre el mismo. La lógica del crímen marcha por un eje fatal é invariable, que *a priori* se determina, porque es la lógica de fenómenos en que no impera la libertad; eje fatal, repito, camino único, que aparentemente se desvía, pero que, oculto por incidentes imprevistos, marcha en línea recta á un fin. Y siempre, por lo tanto, será Magdalena la causa, si no el instrumento, de la muerte de su esposo; siempre se oirá decir á María, señalando á su madre, «¡ella!;» y á Magdalena, señalando á Torrente y á Pablo:

¡Mira, mira, cómo empieza!
¡Mira, mira, cómo acaba!

Esto en cuanto á la inverosimilitud y al artificio.

En cuanto á la moralidad sólo diré, que si hacer del esposo un sér noble, puro, generoso, bueno, *excesivamente bueno*, y quizá por esto se explique que Magdalena queriéndole, le ofenda; si hacer del amante un demente ó un infame; si buscar los colores más puros y más simpáticos para pintar las escenas de la vida de familia, el dolor de Pablo al partir, su despedida, el beso de la sombra de la niña al retrato del padre, el grupo de la madre y la hija junto á la chimenea, etc., etc., y los colores más repugnantes para todo cuanto viene á manchar este fondo de paz, de calma y de inocencia; si elegir los más duros contrastes, áun comprometiendo el éxito del drama, para hacer simpático el bien y repulsivo el mal; si arrastrar á Magdalena á la mayor de las catástrofes, sólo porque llevaba en sí,

y á sus solas acariciaba, la *idea* del adulterio, sin que jamás consumase el crímen, como lo atestigua Torrente en la escena primera del segundo acto, en que dice:

¡Remordimiento? ¿Por qué?
¡Si siempre halló mi deseo
en tu implacable virtud
á la vez *espuela* y *freno!* etc;

si todo esto, repito, es hacer un drama inmoral, confieso que no sé lo que es moral, ó que ésta ha variado mucho desde que yo la aprendí.

Fué axiomático en otros tiempos que pintar el crímen y el vicio de suerte que repugnasen, era ejercer acto meritorio de moralidad. En los que corren hay algunos que no piensan así.

La paz de la inocencia y mi perdon sean con ellos.

J. Echegaray.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON PABLO DE AGUILAR, (esposo de.	DON ANTONIO VICO.
MAGDALENA.	DOÑA ELISA BOLDUN.
MARIA (hija de ambos).	DOÑA ANTONIA CONTRERAS.
DON ANDRÉS. (Tutor que fué de Magdalena)	DON FRANCISCO OLTRA.
DON ENRIQUE DE TORRENTE..	DON MIGUEL CEPILLO.
LORETO.	DOÑA CONSUELO TORRECILLA.
LEANDRA, (hija de.	DOÑA EMILIA TORRECILLA.
BERNARDO, colono de D. Andrés).	DON PEDRO MORENO.
UN CRIADO, que habla.	DON JORGE PARDIÑAS.
OTRO, que no habla.	

La escena pasa en 18..... Los dos primeros actos en Madrid: casa de Aguilar. El último en una casa de campo de D. Andrés, á pocas leguas de Madrid.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un gabinete en casa de Aguilar: decoracion de forma octógona, completamente cerrada. así en los muros como en el techo, y tan reducida como sea posible.—A la izquierda del espectador, en primer término, un balcon; en segundo una puerta de escape ó de servicio interior: de este mismo lado, y en el lienzo que corta ó chaflana el ángulo principal, un retrato de medio cuerpo de D. Pablo. La colocacion de este retrato debe cumplir con dos condiciones: ser visible para el espectador, y recibir de lleno la luz de la chimenea.—A la derecha del espectador y en primer término una chimenea: en segundo una puerta, y en ella un gran cortinaje.—En el fondo otra puerta, que es la de entrada.—Cerca del balcon una pequeña mesa, y á su lado una butaca. Cerca de la chimenea un sofá ó butacas. La sala amueblada con lujo, pero lujo severo y algo triste. En la puerta de escape y cubriéndola, otro cortinaje que haga juego con el de enfrente. En las hojas de cristal del balcon cortinillas blancas.—Se supone que la casa de D. Pablo es un hotel de la Castellana mirando á poniente, y que la habitacion en que pasa la escena está en el piso bajo.—Es de dia, á la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

UN CRIADO.—(El cortinaje de la puerta de escape está corrido, la puerta abierta, el criado en ella y como hablando con gente que se halla fuera.)

De prisa, que se hace tarde.
De prisa, que Pedro espera
para sacar los billetes,
y los cofres y maletas
facturar, y no es muy grande
del buen viejo la paciencia.
Para bajar cuatro bultos
ocho escalones apénas,
una hora tardais. ¡Qué posmas!
Si cuarto tercero fuera,

en vez de ser cuarto bajo,
empleábais semana y media,
y quedo corto, tunantes,
en dar fin á la faena.

(Se separa de la puerta y se aproxima al balcon en el que se detiene mirando por algunos momentos.)

Si siguen la Castellana
con ese paso que llevan,
lo que es hoy á la central
me parece que no llegan.

ESCENA II.

D. PABLO, D. ANDRÉS, EL CRIADO. (Los dos primeros por el fondo.)

D. PABLO. ¿Cumpliste todas mis órdenes?
(Al criado, que se retira del balcon y viene al centro.)

CRIADO. Todas, señor; ya está fuera
el equipaje, y ninguno
lo notó ni lo sospecha.

D. PABLO. ¿Y la señora?

CRIADO. Tampoco.
Hice yo con gran reserva
que á esta sala lo trajesen:
abrí despues esa puerta,
(Señalando á la puerta de escape.)
y lo bajaron al patio
tres mozos por la escalera
interior. Descuide usted.
¡Cá! ¡ni doña Magdalena!
¡ni la señorita! nadie
tiene ni la más ligera
noticia de que nos vamos.
¡Que nos vamos! ¡Y muy cerca!
¡Como quien no dice nada!
¡A la vuelta; friolera!
¡Pero es la vuelta de abajo,
enfrente de las Américas,
al otro lado del mar!

Y segun lo que se cuenta,
no siempre dar es posible
desde tal *vuelta* la vuelta.

D. PABLO. (Que hasta aquí ha permanecido pensativo y triste, dirigiéndose al criado.)
Basta; vete: avisaré.

CRIADO. (Aparte.) Pues el viaje no le alegra.
(Extiende el cortinaje, cierra la puerta de escape, y sale.)

ESCENA III.

D. PABLO, D. ANDRÉS.

D. ANDR. ¿Estás decidido?

D. PABLO. Sí:
sería más que flaqueza,
sería crímen dudar.
A mi pobre Magdalena,
á la hija del alma mia,
por quienes gustoso diera,
sin vacilar ni un instante,
cuanta sangre hay en mis venas,
hoy amenaza la ruina,
y mañana la miseria.
No es posible ya la duda:
no es posible, no: me ordenan
á un tiempo amor y deber
en ese pleito mi hacienda
salvar, con mi buen derecho,
apoyado en claras pruebas.

D. ANDR. Entónces, Pablo, adelante;
basta de inútil tristeza.
¡Valor! ¡Al tren! ¡Al Océano!
¡Y á la americana tierra!

D. PABLO. ¡Valor, y me dejo aquí
cuanto endulza mi existencia!
¡Valor, y han de separarme
cientos y cientos de leguas,
de esos pedazos del alma
en que tengo el alma entera!

Te digo, Andrés, que este viaje
á la muerte se semeja.
¡En otro mundo distinto,
bajo otra distinta esfera,
ni secar podré sus lágrimas,
ni oir podré sus tristes quejas;
y al elevarse mis ojos
buscando en Dios fortaleza,
ni el mismo cielo veré
que María y Magdalena!
¡De la hija mia, la frente
no he de besar en América,
cuando, tras eterno dia,
la hora del reposo venga;
y por extraño contraste,
de mis dolores afrenta,
veré la mitad del lecho
sobrarme en aquella tierra,
y faltarme la mitad
del alma, en mi Magdalena!

D. ANDR. Con treinta y cuatro años, Pablo,
si no es muy larga mi cuenta,
por un niño te tomara
quien ahora mismo te oyera.
Ten juicio, ten calma: el viaje
es fácil, corta la ausencia.
En tres meses á lo sumo...

D. PABLO. ¡Tres meses!

D. ANDR. Seis, si te empeñas.

D. PABLO. Sé que la partida es hoy;
ignoro cuándo es la vuelta,
y ha de antojárseme largo
por breve que el tiempo sea;
que son horas de ventura
que roban á mi existencia.
¡Y todo por la maldad
y la avaricia de Ortega!
¡Él, de mi querida esposa,
él, de María me aleja!
¡Vive Dios, que si á mi alcance
el vil pleitista estuviera,

el litigio se acabara
sin escribir ni una letra,
y en vez del oro que pide
hierro ó plomo yo le diera.

D. ANDR. Hoy, Pablo, te desconozco.
Tú, modelo de paciencia,
¿qué has hecho de tu carácter
bondadoso? ¿Qué de aquella
dulzura, que siempre fué
tu constante compañera?

D. PABLO. Bueno soy, si bien me tratan;
mas mi sangre se subleva
cuando á los seres que adoro
hombres sin fe ni conciencia
amenazan. La injusticia,
la sinrazon, esa afrenta
que hace á mi honor un malvado
suponiendo que quien lleva
el nombre que llevo yo
goza fortunas ajenas,
me irritan y me sonrojan
y á mi pesar me exasperan.

D. ANDR. Pues, señor, te conocia
mejor que yo Magdalena.

D. PABLO. (Cambiando de tono con dulzura y cariñoso interés.)
¿Qué dice de mí? ¿Qué dice
la gloria de mi existencia?
Si ella lo afirma, es verdad:
es tan justa como buena.

D. ANDR. Pues dice que eres ¡un santo! (Riendo.)
¡un ángel! Que cuando mueras,
en cuerpo y alma te vas
al cielo.

D. PABLO. (Sigue escuchando á D. Andrés con bondadosa sonrisa.)
¡Mi cielo es ella!

D. ANDR. Mas que si estalla tu enojo,
no hay nada que te contenga.

D. PABLO. ¿Eso dice? ¡Pobrecilla!
¡es tan tímida!

D. ANDR. Y agrega,

resumiendo, que don Pablo
de Aguilar y Salvatierra,
su noble esposo y señor,
siempre á los extremos llega:
ó una paloma sin hiel,
ó una africana pantera.

D. PABLO. ¡Qué graciosa! Y es verdad:
me conoce. Mas para ella
sólo hubo en mi corazon
ternura, y ternura inmensa.
¡Y he de estar ausente un año!

D. ANDR. Pues ¿por qué no te las llevas?

D. PABLO. ¿A mi María? ¿A mi esposa?
¿Llevarlas yo y exponerlas
de aquel mortífero clima
á las destructoras fuerzas?

D. ANDR. Tú, sin embargo...

D. PABLO. Es distinto:
que yo viva, ó que yo muera,
¿qué importa, si al fin les dejo
con mi nombre mis riquezas?
¡Yo mil veces, no María!
¡Antes yo que Magdalena!

(Pequeña pausa: queda otra vez triste y pensativo y parece dudar.)

María... ¡Tan niña aún!

D. ANDR. Déjamela hasta que vuelvas.

D. PABLO. Además, mi esposa há tiempo
que sufre extrañas dolencias,
y esto acrece mis angustias,
y mis zozobras aumenta.
Un doctor dice: los nervios;
otro dice: la jaqueca;
y no sé quién se equivoca,
ó si es que ninguno acierta.
Anoche mismo hasta el alba
pasó la infeliz en vela.

D. ANDR. ¿Anoche?

D. PABLO. Sí: se asustó
al salir de la Zarzuela,
y como está tan nerviosa...

D. ANDR. ¿Pues qué ocurrió?
D. PABLO. Un calavera,
ese célebre duelista,
el vizconde de Nebreda,
ébrio casi, molestaba
con mil palabras groseras
á las damas que, al salir,
pasaban de su insolencia
al alcance. No sé qué
tambien dijo á Magdalena,
y aunque al pronto me contuve,
y aunque callé por prudencia,
despues que quedó en el coche
volví á entrar. Siguióme ella...
D. ANDR. Vamos, Pablo, no lo niegues.
¿Tuvo el lance consecuencias?
D. PABLO. (Con tono indiferente.)
No encontré al vizconde ya.
Dicen que con entereza
reprendióle un caballero,
y habiendo hallado pendencia,
y contento del escándalo
fuese á dormir sus proezas.
Pero mi esposa...
D. ANDR. (Mirando á la derecha.)
Allí viene.
D. PABLO. (Hace un movimiento para salir; despues se detiene.)
Adios, Andrés; no he de verla.
Mas no estrecharla en mis brazos,
al ménos por vez postrera...
No, imposible... La verdad (A Andrés.)
es necesario que sepa:
prepárala; no al tutor,
en tí á un padre ama y respeta.
Explícale que es preciso,
díle que mucho me cuesta,
pero que su porvenir,
el de María...
D. ANDR. (Mirando.) Ya llega.
D. PABLO. Adios.
D. ANDR. ¡Adios! ¿Volverás?

D. PABLO. No volver acaso fuera
lo mejor... Mas volveré.
Volveré; que quiero verla. (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, MAGDALENA.

(Esta última entra por la derecha en traje de casa. Viene leyendo un libro: la Divina Comedia. Camina lentamente: á veces se pára, baja el libro y se queda pensativa. En toda esta escena, sobre todo en la primera parte, muestra una alegría forzada, una indiferencia aparente y una volubilidad artificiosa, bajo las que se traslucen una gran tristeza y una gran preocupacion. La actriz interpretará todo esto como crea oportuno.)

MAGDAL. ¡Qué bien pinta la pasion
de Francesca y de Paólo! (Aparte.)
D. ANDR. ¡Magdalena!...
MAGDAL. (Levantando la cabeza al oir la voz de su tutor, acercándose á él cariñosamente y dándole la mano.)
Usted... ¡tan solo!
D. ANDR. ¿Qué lees?
MAGDAL. (Algo turbada y despues de vacilar un instante.)
En la Exposicion...
ví ese cuadro que la gente
tanto y tanto alaba...
D. ANDR. ¿Cuál?
¿El de Francesca?
MAGDAL. Cabal.
D. ANDR. El de Enrique de Torrente.
MAGDAL. (Separándose de modo que no le vea el rostro D. Andrés y con voz algo conmovida, aunque aparentando indiferencia.)
No sé el nombre del autor.
D. ANDR. ¿Y en el Dante la memoria
evocabas de esa historia
de lágrimas? (Señalando al libro.)
MAGDAL. No; ¡de amor!
(Pronuncia esta frase con vehemencia, pero se contiene, cambia de tono y sigue hablando con naturalidad.)

Al decir «de amor» hablaba
del lienzo y de su belleza;
que si es dicha cuando empieza,
sabido es que siempre acaba
por convertirse en tormento
eso que llaman ¡amar!...
pero fuerza es respetar
del autor el pensamiento.
Y esa divina pintura
copia el instante tan sólo
en que Francesca y Paólo,
suspendiendo su lectura,
se miran con ánsia loca,
y segun el Dante expresa,
(Mostrando el libro.)
temblando él de amor, la besa
por vez primera en la boca.

D. ANDR. La historia así comenzó,
segun el Dante divino;
mas el cuadro peregrino
de lágrimas se manchó
y de sangre.

MAGDAL. (Algo distraida y con cierto enojo mal comprimido.)
Todo eso
sin duda verdad será;
pero en el cuadro no está.
Allí tan sólo está el beso.

D. ANDR. Fué de Paólo el beso amante
criminal y eterno nudo,
que ni desatarse pudo
en el infierno del Dante.
Lée la Comedia Divina
y verás el fin.

MAGDAL. (Triste, distraida y dejando el libro sobre la mesa.)
¡Funesto!
¡La dicha pasa tan presto!
(Pausa. Deja caer la cabeza con abatimiento y languidez.)
El cansancio me domina.

D. ANDR. (Acercándose á Magdalena con interés.)
¿Estás enferma?

MAGDAL. (Fingiéndo de nuevo indiferencia y áun alegría.)
¡No tal!

D. ANDR. (Cogiéndole una mano y mirándole el rostro con empeño.)
¿Tienes fiebre!

MAGDAL. (Burlándose cariñosamente de los temores de su tutor, pero procurando con dulzura separarse de él, desprender la mano y ocultar el rostro.)
¡Padre mio!

D. ANDR. Fiebre, sí.

MAGDAL. Viene el estío,
y el calor primaveral,
fundiendo heladas cadenas,
la pulsacion adelanta
de nueva sávia en la planta
y de más sangre en las venas.

D. ANDR. Estás pálida.

MAGDAL. Tal vez.
Es que anoche no he dormido,
y el insomnio es bien sabido
que empalidece la tez.

D. ANDR. ¿Te asustó Nebreda?

MAGDAL. Un poco.
Temí que Pablo... Llorosa
á casa vine y nerviosa...
Y todo al fin por un loco.
Mas ya le dió una leccion (Hablando con calor.)
á ese vizconde insolente
don Enrique de Torrente.

D. ANDR. ¿Con que el héroe de esa accion
osada y caballeresca,
resulta ser el laureado
autor del cuadro llamado
el primer beso á Francesca?

MAGDAL. (Turbada y procurando huir de las miradas de su tutor.)
Él fué... quien... retó al duelista.

D. ANDR. Pero ¿tú le conociste?
Pues há poco ¿no dijiste...

MAGDAL. (Riéndose con risa fingida; pero inquieta, nerviosa y sin poder dominarse.)

¿A Torrente? Sí: de vista.
En Biarritz le conocí;
pero ignoraba que fuese
el autor del cuadro ese...
ni ¿qué me importaba á mí?

(Separándose de D. Andrés, volviéndole la espalda y haciendo como que busca algo sobre la mesa.)

D. ANDR. (Siguiéndola.) ¿Qué buscas?
MAGDAL. ¿Yo?
D. ANDR. Magdalena...
pero ¿qué tienes?

(Magdalena, sin volverse hácia D. Andrés para que no le vea la cara, se dirige al balcon con afan.)

MAGDAL. ¡Qué hermoso
está el jardin! ¡Qué frondoso!
Y ¡qué tarde tan serena!

(D. Andrés siguiendo á Magdalena se acerca al balcon. Magdalena, por un movimiento rápido y natural, le deja pasar al primer término y queda á la espalda de D. Andrés, hablándole con animacion, haciéndole mirar hácia fuera, apoyándole una mano sobre el hombro con dulzura, pero con insistencia y con la intimidad que entre ambos debe existir. De esta suerte cada vez que D. Andrés quiere volverse, le obliga de nuevo á mirar hácia el exterior.)

El sol, globo de topacio,
mire usted tras el ramaje...
Mire usted aquel celaje...
¡La púrpura del espacio (Aparte.)
mira una vez y otra vez,
que el mismo Dios la ha encendido;
no mires la que ha teñido
de carmin mi palidez!
D. ANDR. ¡Magdalena! (Queriendo volverse.)
MAGDAL. (Impidiéndoselo.) ¿No le encanta
el concierto de las aves...
D. ANDR. Magdalena, tú no sabes...
MAGDAL. Y el aroma de la planta?

(Los mismos movimientos.)

D. ANDR. ¡Quisiera hablarte, hija mia!
MAGDAL. ¡Con qué suprema belleza
despide naturaleza
en su crepúsculo al dia!

De la noche siente el paso;
su sombra observa en Oriente;
del sol la rojiza frente
hundirse ve en el ocaso,
y bebe desesperada,
porque agonizando está,
de aquella luz que se va
la postrera llamarada.

D. ANDR. Una exacta descripcion
has hecho de la mujer,
su juventud al perder.

MAGDAL. (Con cierta coquetería.)
Lo he dicho sin intencion.
Usted siempre ha de encontrar...
(Se separa de D. Andrés y viene al centro del escenario, dejando ya que se vuelva y le mire, porque tiene un pretexto, bueno ó malo, para explicar el carmin de su rostro.)

D. ANDR. (Viene tras ella al centro.)
Quiero hablarte, Magdalena.
Lo estoy pensando con pena
há rato... y no sé empezar.

MAGDAL. (Acercándose con angustia mal contenida á Andrés.)
¿Por qué?

D. ANDR. Ya estás alarmada.
(Pequeña pausa. D. Andrés no se decide á hablar.)

MAGDAL. Saber el motivo ansío.
¿En qué falté, padre mio?
¿En qué?

D. ANDR. ¡Tú faltar! En nada.
No me entiendes. (Nueva pausa.)
Es que á Pablo
devora un hondo pesar;
es que no te quiere hablar,
y yo en su nombre te hablo.

MAGDAL. (Sin poder ya contener su angustia.)
¡Él!... ¡mi esposo!... ¡Vírgen santa!
¡En qué le pude ofender!
Me siento desfallecer. (Aparte.)
siento un nudo en la garganta.

D. ANDR. ¡Tú ofenderle, Magdalena!

MAGDAL. ¿No está enojado conmigo?

D. ANDR. Explicarme no consigo.
MAGDAL. Entónces, ¿cuál es su pena?
D. ANDR. ¿Tendrás valor?
MAGDAL. Lo tendré.
D. ANDR. ¿Y juicio?
MAGDAL. Voy á perderlo
de impaciencia por saberlo.
Hable usted.
D. ANDR. (Pequeña pausa.) Pues hablaré.
¿Recuerdas aquel litigio
que perdió en primera instancia,
á pesar de su constancia,
su derecho y su prestigio?
MAGDAL. (Tranquilizándose.) ¿Cómo no? Y ha sido una injusticia nunca oida.
D. ANDR. Pues en él comprometida...
MAGDAL. (Tristemente.) Tenemos nuestra fortuna.
D. ANDR. De la vejez el reposo...
MAGDAL. ¡De María el porvenir!
es verdad.
(Pensativa y dejando caer la cabeza.)
D. ANDR. Pues quiere ir...
(Magdalena levanta la cabeza y da un paso hácia don Andrés.)
á América.
MAGDAL. ¿Quién?
(Con una mirada de ansiedad y estupor.)
D. ANDR. Tu esposo.
MAGDAL. ¡¡Alejarse de mi lado!!
(En este grito hay á la vez horror y alegría.)
D. ANDR. Es preciso, Magdalena...
No llores... Calma tu pena...
Un deber cumple sagrado.
(Refiriéndose á D. Pablo.)
(A pesar de lo que dice D. Andrés, Magdalena no llora. Se cubre, sí, el rostro con las manos; pero es para que su tutor no adivine algo de lo que pasa en su alma: se aleja de él, pero es porque no quisiera que nadie la viese en este instante: su turbacion es inmensa, pero es porque en su espíritu luchan muy encontrados afectos. Una mezcla de deseo satánico de verse sola, inspirado por su pasion, y de miedo, de vergüenza y de remordimiento, inspirados por su conciencia: algo, en fin, que sería largo de explicar, pero que la actriz adivinará con su talento.)

MAGDAL. (Aparte y recatándose de D. Andrés.)
¿Qué me dices, corazon?
¿Qué me dices, pensamiento?
¡Habla tú, remordimiento!
¡Y calla tú, tentacion!
D. ANDR. Comprendo que el golpe es rudo;
¡érais los tres tan felices!
Pero, en fin... vamos... ¿Qué dices?
MAGDAL. Tiene razon... no lo dudo...
cumple un sagrado deber.
D. ANDR. Y que el viaje será breve.
MAGDAL. (Aparte.) ¡Calla, pensamiento aleve!
D. ANDR. Y en fin, ¿qué vamos á hacer?
MAGDAL. Olvidar fuera demencia
de María el porvenir.
¡Y la niña va á sentir
del pobre Pablo la ausencia!
¡Qué horas, padre, tan amargas
María y yo pasaremos!
¡Qué cartas le escribiremos
tan cariñosas, tan largas!
Que vuelva pronto pedirle,
y de su viaje al volver
¡ay, padre, con qué placer
iremos á recibirle!
¡Con cuánto amor en mi seno
conservaré su memoria!
¡Porque es mi dicha, mi gloria;
porque es tan bueno, tan bueno!

(Todo esto exige una breve explicacion para que se comprenda el pensamiento del autor. En la lucha de buenas y malas pasiones que riñen terrible combate en el alma de Magdalena, la victoria ha quedado al parecer indecisa; sin embargo, aunque ni la misma Magdalena sepa con claridad lo que quiere, la tentacion ha vencido y quiere que parta su esposo, y busca razones para convencerse de que D. Pablo debe partir, y á sí misma se engaña, y llora, y promete escribirle cartas muy largas, y le llama su dicha, su amor y su gloria. El fondo de todo esto es la mentira: no á modo de grosera comedia, para engañar á D. Andrés, sino una comedia más sutil y de esencia más metafísica para engañarse á sí propia.—Hay, sin embargo, un grito verdadero, uno sólo, en los versos anteriores, grito que sale del corazon, impregnado de cariño

y de agudísimo dolor; quizá grito de arrepentimiento; y es el último en que dice: «Tan bueno.» Entre esto y todo lo demás, debe haber un abismo de verdad, de expresion y de sentimiento. Magdalena rompe á llorar: son las primeras lágrimas que derrama.)

D. ANDR. Bien, Magdalena, valor.
MAGDAL. Lo ve usted... no he vacilado,
D. ANDR. El sacrificio aceptado,
cuanto más pronto, mejor.
Pablo parte... parte hoy mismo.

(En este momento entra D. Pablo por el fondo, y se acerca lentamente sin que Magdalena lo note.)

ESCENA V.

MAGDALENA, D. PABLO, D. ANDRÉS.

MAGDAL. ¡Tan pronto! ¡Sola me quedo!
¡Imposible! ¡Tengo miedo!
¡Sola al borde del abismo!

(Magdalena en el fondo de su alma quiere que D. Pablo se marche; pero como todo el que se prepara á un crimen, sin ser criminal empedernido, cuando ve el crimen próximo retrocede, y sin renunciar á él, quiere aplazarlo; así ella quiere aplazar el instante en que se vea sola con su pasion, sin dejar por eso de acariciar aquel momento deseado, á escondidas de su conciencia. De aquí una reaccion en el alma de Magdalena. Desde ahora lucha y se afana con sinceridad porque D. Pablo se quede.)

(En voz alta.) ¡Un delirio fué el desear...
¡Qué digo! no: el conceder...
¡Pablo, yo te quiero ver!
¡Pablo, no me has de dejar!
(Llamándole.) ¡Pablo, Pablo! (Viéndole ya.)

(Corren uno á otro y se abrazan con verdadero cariño y llorando.)

D. PABLO. ¡Magdalena!
¡Perdon, mi esposa querida!
MAGDAL. (A Pablo.) ¡De tí depende mi vida!
D. ANDR. (Aparte.) Me parte el alma su pena.
MAGDAL. ¿No te irás? ¿No es cierto? ¡Dí!

D. PABLO. ¡Lo quiere el destino impío!
MAGDAL. ¡No me dejes, Pablo mio!
D. PABLO. ¡Magdalena!
MAGDAL. ¿Te vas?
D. PABLO. Sí
MAGDAL. ¿No me escuchas?
D. PABLO. (Acariciándola.) ¡Vida mia!
MAGDAL. ¿No te retienen mis brazos?
D. PABLO. No puedo.
MAGDAL. (Señalando hácia fuera y refiriéndose á su hija.)
¿Ni aquellos lazos?
D. PABLO. (Con angustia.) No puedo, no.
MAGDAL. (Dejando á D. Pablo, y dirigiéndose á la puerta de la derecha.)
¡Ven, María!
D. PABLO. ¿Qué vas á hacer?
MAGDAL. En mi ayuda
la llamo: seremos dos.
D. ANDR. ¡Magdalena!
D. PABLO. (Conteniendo á Magdalena.) ¡No, por Dios!
De esta prueba triste y ruda
que sufrimos, líbrala,
¡á la vida de mi vida!
¡No llore la despedida!
de quien llorándola va!
MAGDAL. (Pugnando por desprenderse de D. Pablo.)
¡Imposible, ha de venir!
D. PABLO. Con el aya proyectaba
ir al Cármen, y ya estaba
preparándose á salir.
MAGDAL. ¡Hija!
D. PABLO. ¡Magdalena!
MAGDAL. ¡No!
D. ANDR. ¡Vas á gozarte en su llanto!
D. PABLO. ¡Y tú que la quieres tanto
MAGDAL. (Despreudiéndose de todos y corriendo hácia la puerta.)
¡María! (Con suprema angustia.) ¡Te llamo yo!

ESCENA VI.

MAGDALENA, MARÍA, D. PABLO, D. ANDRÉS.

(María viene por la derecha, en traje de calle; entra casi corriendo.)

MARÍA. Ya voy, madre.

MAGDAL. (Con ánsia.) ¡Ven!

(María se detiene sobrecogida al ver la actitud triste de D. Pablo y de D. Andrés, y el llanto y la angustia de su madre.)

MARÍA. Perdona...
Pero... No comprendo... Díme...
El corazon se me oprime.

MAGDAL. Tu padre nos abandona.

(María corre á su padre, y se abraza á él llorando.)

MARÍA. ¡No es posible! ¡No será!
Pero ¿por qué, padre mio?

MAGDAL. ¡Por ese litigio impío
á la América se vá!

D. PABLO. (A María.) La miseria nos amaga.

MAGDAL. (Dirigiéndose tambien á su hija.)
Y allí le amaga la muerte.

MARÍA. (Abrazándose á su padre.)
¡Padre, no quiero perderte!
Tu vida, ¿con qué se paga?

MAGDAL. (Siempre á María.)
¡Y en aquel extraño mundo,
hasta matan los reflejos
del cielo! ¡Y está muy léjos!
¡Y el Atlántico es profundo!

(D. Pablo procura desprenderse de María; su madre la incita para que le detenga.)

¡No le dejes!

MARÍA. (A su padre, abrazándole.) ¡No, por Dios!

MAGDAL. (Pasando al otro lado y abrazándole tambien: queda D. Pablo entre su esposa y su hija.)

No, Pablo; me moriria.

D. PABLO. ¡Magdalena!

MAGDAL. (Abrazándose á D. Pablo y con acento de desesperada súplica.)

¡Tú y María!
¡Amparadme entre los dos!
¡Si supieras cuánto lucho!
¡Qué horrible foco me abrasa!
¡No abandones esta casa;
te queremos mucho, mucho!

D. PABLO. ¿A qué me llama el deber,
si me atan las prendas mias?
¿A qué me quitais, impías,
el valor que hé menester?

D. ANDR. ¡Es ya femenil flaqueza!
¡Jamás tan débil te ví!

D. PABLO. ¿Por qué te enojas así
y me exiges fortaleza,
hoy que puerto voy buscando
de la América en el suelo?
¡Si áun para subir al cielo
las despidiera llorando!

MAGDAL. ¡Y qué! ¿Nos vas á dejar?

MARÍA. ¿Y dejas á tu María?

D. PABLO. ¡Qué feliz será aquel dia
en que torne yo á mi hogar!

D. ANDR. Basta ya.

D. PABLO. (A Magdalena y á María.)
¡Valor!
(A D. Andrés.) ¡Partamos!
Mi esperanza. (Abrazando á María.)
(Lo mismo á su esposa.) Mi contento.

MAGDAL. Espera.

MARÍA. ¡Padre!

MAGDAL. Un momento.
No llores. (A su hija.)
(A Pablo.) Ya no lloramos.

(Seca sus lágrimas, procura serenarse y habla con energía.)

Puesto que al fin de mil modos
te ruego y nada consigo,
véte, Pablo... mas contigo
he de ir yo.

MARÍA. Sí: iremos todos.

D. PABLO. (La contempla un momento como vacilando, y luégo dice como hablando consigo.)
¡Del mar la inmensa extension,
y el abismo entre ambos mundos!
MAGDAL. (Con desesperado arranque.)
¡Hay abismos más profundos
que el mar en el corazon!
D. PABLO. ¿Y si llegara á perderte
á tí, mi esposa querida?
MAGDAL. ¡Muerte á veces dá la vida,
vida acaso dá la muerte. (Como ántes.)
D. PABLO. No he de ceder.
MARÍA. ¡Padre!
D. PABLO. No.
MAGDAL. ¡Soy tuya, Pablo, no ajena!
D. PABLO. Pero ¿y ésta, Magdalena?
(Señalando á su hija.)
MAGDAL. (Con desesperacion.)
¡Pablo, Pablo! Pero ¿y yo?
(Le coge las manos á D. Pablo, y quiere arrodillarse ante él. D. Pablo la sostiene entre sus brazos.)
¡Te lo pido de rodillas!
D. PABLO. ¡Bajo aquel fuego! ¡Jamás!
MAGDAL. Fuegos hay que queman más
que el del sol de las Antillas.
D. PABLO. (Arrancándose de los brazos de su mujer y de su hija.)
¡Adios!
D. ANDR. Vamos.
D. PABLO. El deber
me llama.
MARÍA. ¡Padre!
MAGDAL. ¿Me dejas?
D. PABLO. (Estrechándolas contra su corazon.)
¡Las dos! ¡Las dos!
MAGDAL. ¡Ay, mis quejas
no has querido comprender!
MARÍA. (A su padre.) Pues llévame á despedirte.
D. PABLO. (A D. Andrés.) Que venga... que venga, sí.
MAGDAL. ¡Espera, Pablo! ¡Ay de mí!
¡Es que tengo que decirte

algo que en el corazon
me pesa.

(D. Andrés se interpone entre D. Pablo y Magdalena: contiene á ésta y hace señas á aquél para que salga.)

D. ANDR. (A D. Pablo.) Nunca saldrás
si la escuchas.

(D. Pablo y María se dirigen al fondo: Magdalena quiere seguirles; D. Andrés se lo impide.)

(A Magdalena.) Ya no más.

MAGDAL. ¡Padre, padre, compasion!

D. PABLO. (Volviéndose desde la puerta, á donde ya llega con su hija.)
¡Adios! ¡Adios!

D. ANDR. Ahora es él.
Vete. (A D. Pablo.)
Me sacan de quicio.

MAGDAL. Pablo.

D. PABLO. ¡Adios! (Sale con María.)

D. ANDR. ¡Qué poco juicio!

(La deja estrechándole la mano con afecto, y sale por el fondo.)

MAGDAL. ¡Padre, padre, cuán cruel!

ESCENA VII.

MAGDALENA sola; despues D. PABLO.

¡Y le he dejado partir
sin decirle la verdad!
¿De qué sirves, voluntad,
sino sabes resistir?
Corazon, ¿por qué ante el juez
tiemblas, y no ante el delito?

(En este momento se presenta D. Pablo en la puerta del fondo. Magdalena da un grito, corre á él, y le abraza.)

¡Pablo, Pablo!

D. PABLO. Necesito
verte por última vez.

MAGDAL. Es el cielo quien te envía.

D. PABLO. (Despues de abrazarla apasionadamente intenta desprenderse de ella y salir, pero Magdalena lo detiene.)

¡Y ahora, adios!

MAGDAL. ¡No has de marcharte!
¡Pablo! ¡Pablo! ¡Quiero hablarte!
Por tí... por mí... ¡por María!

(D. Pablo pugna por salir; Magdalena se agarra á él frenéticamente y le sigue; de este modo llegan al fondo. Ya Magdalena en un arranque supremo va á decirle la verdad.)

Escucha, Pablo; ¡tu honor!...

ESCENA VIII.

MAGDALENA, D. PABLO, LORETO.

(Magdalena y D. Pablo en la puerta del foro. Loreto se detiene junto á ella. D. Pablo no comprende ninguna de las frases de doble sentido que pronuncia su esposa. Cuando ruega cree que es por el dolor de la partida; cuando habla de *honor*, que se refiere al pleito en que se pone en duda su probidad; jamás sospecha otra cosa, y sería absurdo y ridículo que otra cosa sospechase. Así es que pugna por salir, satisfecho ya su afan de dar un último abrazo á Magdalena.)

LORETO. Pero ¿qué tragedia es esta?

MAGDAL. (En voz alta.) ¡Loreto! ¡Mujer funesta!
¡Tú me abandonas, Señor!

(Soltando á D. Pablo y alzando los ojos y los brazos al cielo. D. Pablo aprovecha este momento para salir. Magdalena intenta seguirle, mas Loreto se lo impide cariñosamente.)

¡Pablo!

D. PABLO. ¡Adios! (Desde dentro.)

MAGDAL. (Pugnando por desasirse de Loreto.) Déjame.

LORETO. (Conteniéndola.) Vamos.

MAGDAL. (Como ántes.) ¡Suelta!

LORETO. ¡Magdalena! ¡Calma!

(Se repite por ambas el mismo juego escénico.)

MAGDAL. ¡Pablo! ¡Pablo de mi alma!

(Viendo que Loreto le impide salir, corre desesperada al balcon.)

LORETO. (Siguiéndola.) Tengamos juicio; tengamos prudencia.

MAGDAL. (Desde el balcon.) ¡No! ¡Pablo!

D. PABLO. (Desde dentro.) ¡Adios!

MAGDAL. ¡Pablo! ¡ven! ¡lo sabrás todo!

(Antes de concluir este verso se oye el ruido de un carruaje que se aleja.)

¡Ya qué léjos! ¡Ya no hay modo!

(Pausa: Magdalena tiende los brazos hácia fuera con desesperacion.)

¡Cuánto espacio entre los dos! (Nueva pausa.)

(Sostenida por Loreto viene á caer en la butaca que está próxima á la mesa. Loreto queda en pié á su lado como para consolarla.)

ESCENA IX.

MAGDALENA, LORETO.

MAGDAL. (Aparte.) Yo hice cuanto pude hacer
por evitar esta ausencia.
Tranquila está mi conciencia:
cumplido está mi deber.
Si no le dije el secreto
de la pasion en que ardía,
no fué en verdad culpa mia,
fué por culpa de Loreto.
Yo... como honrada cumplí,
y pruebas patentes doy:
y sin embargo, ¡no estoy
aún satisfecha de mí!

(Dice todo esto sin conviccion, para tranquilizar su conciencia, más bien que por creerlo. Al final estalla su duda y su angustia en los dos últimos versos.)

LORETO. Vamos querida; ¿qué tal?
¿Va pasando la afliccion?
Tienes mucho corazon,
y eso en el mundo es un mal.

¡Cuántas son, cuántas las penas,
por cada dicha en la vida!
Por cada perla escondida,
¡cuántas y cuántas arenas!
Con don Andrés tropecé
al subir, y él me ha contado...
¡Qué asunto tan desdichado
ese pleito siempre fué!
Hay horas que son fatales;
hay dias que son funestos:
y hoy debe ser uno de estos,
á juzgar por las señales.
Empezó por la desgracia
de ese chico... de Torrente.

MAGDAL. (Levantándose con ímpetu y acercándose á Loreto con horrible ansiedad, que no puede contener.)
¡La desgracia! ¡Dios clemente!

LORETO. Mas tambien fué mucha audacia,
¡batirse con el duelista
más terrible de París!
Está su vida en un tris.

MAGDAL. ¿Qué dices? ¡Dios nos asista!

LORETO. ¡En el pecho! Y ¡qué valor
dicen todos que ha mostrado!
(Magdalena pálida, descompuesta, sin dominar su emocion, está pendiente de los labios de Loreto.)
Pues Nebreda lo ha pasado,
segun afirman, peor.
¡Era Torrente un torrente!
Mas... ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

MAGDAL. Yo... ¡Nada!

LORETO. Tu mano abrasa;
y abrasa tambien tu frente.
Mas ya entiendo tu afliccion:
como tú la causa has sido
de que esté Torrente herido
y cerca del corazon... (Con sonrisa irónica.)

MAGDAL. ¡Yo la causa!... Fué el exceso...

LORETO. Al ver que aquél te insultaba
y que tu esposo tomaba
con cierta calma el suceso,

él mismo me lo decia
hace poco ensangrentado...

MAGDAL. Pero ¿Por qué le has dejado?

LORETO. (Continuando sin atender á Magdalena.)
«Sentí que mi sangre ardía,
»y sin pensar que valerla
»contra quien quiso insultarla,
»acaso más que vengarla
»era ante el mundo ofenderla,
»sólo fijo en la pasion
»que me inspira esa mujer,
»á Nebreda hice entender
»lo villano de su accion.»

MAGDAL. Pero ¿la herida?

LORETO. Es muy grave.
El médico le ha vendado
y ha dicho... «no es de cuidado.»
La fórmula. Ya se sabe.
Yo le seguí con presteza;
pregunté, no contestó,
y la escalera bajó
moviendo así la cabeza.

MAGDAL. (Aparte.) ¡Dios mio, mi pensamiento
se agita en un torbellino!

LORETO. ¡Qué fiebre, cielo divino!
¡No reposa ni un momento!
¡No cesa! ¡Te llama! y grita
como si fuera un demente,
diciendo (¡pobre Torrente!)
que tu perdon necesita,
y que te ha comprometido,
que ha turbado tu reposo,
que su amor... y que tu esposo...
En fin, conmigo ha venido,
y abajo está de planton...
(Magdalena se yergue con fiereza: se limpia los ojos, se separa de Loreto y la mira con altivez y desprecio.)
¡Pero casi delirando!

MAGDAL. (Con tono seco.) ¡Ha venido!

LORETO. Está esperando
que le lleve tu perdon.

MAGDAL. ¡Que era grave has dicho!
LORETO. Sí.
MAGDAL. (Con ironia) ¿Y aquella fiebre?
LORETO. Es verdad.
MAGDAL. ¿Pues cómo?
LORETO. La voluntad,
y el amor y el frenesí... (Pausa.)

(Loreto mira con cierta timidez á su amiga. Magdalena se separa de Loreto: viene al sofá de la derecha, se sienta sin invitar á Loreto, que queda de pié, y habla con entonacion al principio fria y desdeñosa.)

MAGDAL. Há tiempo, amiga Loreto,
que de ese Enrique Torrente
me trajiste diligente
el amoroso secreto.
Era entónces tu intencion
evitar que le mirara,
y que ignorante alentara
á mi pesar su pasion.
Sólo así pude escuchar
por vez primera en tu labio,
sin tomarlo por agravio,
lo que debiste callar. (Con dureza.)
Mas la intencion era buena,
si el aviso peligroso,
y tu afan por mi reposo
te agradecí.
LORETO. (Muy turbada.) ¡Magdalena,
permíteme que me asombre!
MAGDAL. Desde entónces á mi oido
tu labio siempre ha traido
las palabras de ese hombre.
¡Y esto es fuerza que concluya,
(Con violencia.)
porque no las quiero oir!
¿Comprendes? Si á repetir
una sola frase suya
llegara osada tu boca,
¡una tan sólo! ¡no más!
mi cariño perderás
y mi amistad. (Conmovida al fin.)

LORETO. (Reponiéndose de su aturdimiento y con sangre fria y profunda intencion.)
¡Estás loca!
Por hablar algo, te hablé
de esa amorosa manía,
sin sospechar, hija mia,
el daño que te causé.
(Con fingido sentimiento y con ironía punzante.)

MAGDAL. (Llorosa.) ¡Daño á mí!

LORETO. Bien tu dolor
se ve.

MAGDAL. De vergüenza lloro
por ofensas al decoro,
no por riesgo del honor.

LORETO. El llanto tu rostro inunda.
¿Quién pudiera imaginar
que te llegara á causar
una impresion tan profunda?
(Acercándose á ella con cariño y dulzura, y procurando abrazarla. Se sienta á su lado en el sofá.)
¡Ensancha tu corazon!

MAGDAL. (En tono de súplica.) No me hables de él.

LORETO. Te lo juro.
Y á ese loco, te aseguro
que he de darle una leccion.
¿Qué me importa á mí Torrente,
ni qué su afan amoroso?
Lo primero es tu reposo;
y yo diré á ese insolente...

MAGDAL. Que es inútil su porfía;
que me irrita su presencia,
que me ofende su insolencia
y me indigna su osadía.

LORETO. Eso y más: pierde cuidado,
que yo conozco sus artes.
¡Perseguirte en todas partes,
ó de léjos, ó á tu lado!
Siempre buscando ocasiones
de que le vea la gente
junto á tí; ¡siempre Torrente
contemplando tus balcones!
¡Qué escándalo!

MAGDAL. ¿No es verdad?

(Contenta de que Loreto le dé la razon; pero hablando de Torrente, aunque dijo que no hablaria más.)

Y tú le dices...

LORETO. ¡Pues no!
¿Por ventura no sé yo
que siempre en la sociedad
está al borde del abismo
la fama de la mujer?
Yo he de hacerle comprender...

MAGDAL. ¡Muy pronto! (Suplicando.)

LORETO. ¿Pronto? Ahora mismo,
aunque su cólera estalle.

(Se dirige al balcon. Magdalena le sigue con interés.)

MAGDAL. ¿A qué vas?

LORETO. A despedirle:
por señas voy á decirle
que deje libre la calle.

(Llegan las dos al balcon y miran con afan. En primer término Loreto, detrás de ella Magdalena.)

¿Le ves apoyado allí?

MAGDAL. ¡Cuán pálido y abatido!

LORETO. (Con acento insinuante.)
Es la sangre que ha perdido.

MAGDAL. ¡Vertió su sangre por mí! (Aparte.)
(Pausa.) ¡Cuánta tristeza en su frente!
¡Cuánto amor en su mirada!
¡Qué ventura ser amada!
No... ¡Qué horror ser delincuente!

LORETO. Mil veces dije á su madre:
«Tu Enrique es un calavera.»
«Si no puedo hacer carrera,»
replica; «¡no tiene padre!»
Y es cierto ¡sin un esposo!...
Pero esta vez yo le riño.
¡Y él, en el fondo, es un niño!
¡Y un corazon tan hermoso!

MAGDAL. Que se vaya... léjos... léjos;
que sus labios no me rueguen:
que al alma mia no lleguen
de su pasion los reflejos.

LORETO. Eso le digo.

(Haciendo señas por el balcon como para despedir á Torrente. Repite las señas cada vez más expresivas, pero no muy claras.)

Tampoco.

(Insiste en las mismas señas. Magdalena viene al centro.)

No me quiere comprender.
Pero ¿qué es lo que va á hacer?
¡Jesús! ¡Jesús, y qué loco!

(Asomándose por completo al balcon.)

¡No, Torrente! ¡Ay Dios!

MAGDAL. ¿Qué pasa?

LORETO. (Volviendo al centro, al parecer muy apurada.)

Mis señas no ha comprendido.

MAGDAL. ¿Y qué?

LORETO. ¿Qué? Que se ha metido
como un torbellino en casa.

MAGDAL. ¡Él! ¿En mi casa?

LORETO. Perdona:
no ha sido la culpa mia:
su torpeza... y su osadía.

MAGDAL. ¿Él en mi casa?

LORETO. En persona.

MAGDAL. ¡Imposible! No he de verle.

(Huye espantada por la derecha. Loreto la sigue y la obliga á detenerse ya próxima á la puerta.)

LORETO. Si tú misma le contaras
lo que hace al caso, lográras
mejor que yo convencerle.

MAGDAL. ¿Yo, Loreto?

LORETO. Su egoismo
le haces ver, y su insolencia.

MAGDAL. Pero ¿quiere tu demencia
arrojarme en el abismo?

(En este momento entra Torrente por el fondo, despues de hablar algunos momentos con un criado. Magdalena pugna por salir: Loreto la contiene.)

LORETO. Una severa leccion
merece ese caballero.

MAGDAL. (Aparte.) (¡No comprende que le quiero
con todo mi corazon!)

ESCENA X.

MAGDALENA, LORETO, TORRENTE.

MAGDAL. (Al verle.) ¡Él, Torrente!
TORRENT. (Con delirio.) ¡Magdalena!
MAGDAL. (Conteniéndole con un movimiento soberbio y desdeñoso, y viniendo al centro.)
¿Quién Magdalena me llama?
TORRENT. (Deteniéndose sumiso, respetuoso y acobardado al parecer.)
Señora...
MAGDAL. Soy una dama,
y no de usted: soy ajena.
TORRENT. Señora, perdon implora
quien confiesa que castigo
merece.
MAGDAL. Quien no es mi amigo,
así me llama: señora.
TORRENT. (Baja la cabeza, al parecer cortado y confundido. Aparte y mirando al suelo.)
¿Qué me importa tu rigor
si hay lágrimas en tus ojos?
¿Qué me importan tus enojos,
si adivino ya tu amor?
MAGDAL. ¿Quién le ha llamado?
TORRENT. (Con humildad.) Pensé...
MAGDAL. Y ¿á qué llamarle?
TORRENT. (Lo mismo.) Creí...
LORETO. Yo, Magdalena, no fuí.
MADGAL. (Con cierto desdén.) Lo sé, Loreto, lo sé.
¿Quién de mi casa la puerta
la allanó sin mi permiso?
¿Por qué traspasarla quiso
áun encontrándola abierta?
¿Por qué vino de esta suerte,
y al venir mi honor olvida?
TORRENT. Vine buscando la vida,
y pienso que hallé la muerte.

MAGDAL. ¡Palabras!
TORRENT. ¡Juzga que miento!
LORETO. (A Magdalena en voz baja.) Es sobrada rigidez:
observa su palidez.
MAGDAL. (En voz alta.) Observo su atrevimiento...
TORRENT. ¡Perdon!
MAGDAL. (Continuando la frase anterior dirigiéndose á Loreto, y sin hacer caso de Torrente: siempre en voz alta.)
Y le pongo tasa.
LORETO. (A Magdalena al oido.)
Ves de la fiebre la lumbre.
(Pausa. Magdalena, á pesar suyo, le mira con interés. Torrente fija en ella la vista.)
MAGDAL. (Dominándose de nuevo.)
Ó llamo á mi servidumbre,
ó salga usted de mi casa.
TORRENT. (Con amargura y pasion.)
A quien quiso dar su vida
por ella, bien recompensa.
MAGDAL. (Con desprecio.) Es más profunda la ofensa
que puede serlo esa herida.
TORRENT. Si sangre vierte mi pecho,
más sangre hierve en mi frente.
MAGDAL. (Con sarcasmo.) Por eso será prudente
que se vuelva usted al lecho.
TORRENT. (Próximo á estallar, pero dominando un movimiento de enojo y conteniéndose una vez más.)
Ántes quisiera...
(Como si pretendiera excusarse.)
MAGDAL. Excusada
es la disculpa fingida.
La ofensa está recibida,
y la comedia acabada.
(Le vuelve la espalda con soberbio desdén y se aleja algunos pasos.)
TORRENT. (Sin poder ya dominarse y dando rienda suelta á su pasion.)
¡Con que sólo sé ofender!
¡Con que sólo sé fingir!
¡Con que yo no sé morir
por amor á una mujer!

MAGDAL. (Arrepentida ya de su rigor, comprendiendo que al extremar su ataque ha dado ocasion á la defensa, y dominada por el acento desesperado de Torrente.)
Yo no he dicho...

TORRENT. (Como ántes.) ¡Si es mi amor
entremés y no tragedia!
¡Si es ridícula comedia
esta herida!.. (Con ironía y golpeándose el pecho.)

MAGDAL. (Sin saber ya lo que dice.) ¡Por favor!

TORRENT. ¡Y tal insulto serena
arroja sobre mi frente!
¡Si yo sé morir... (Con horrible violencia.)

MAGDAL. (Espantada y vencida.) ¡Torrente!

TORRENT. ¡Vas á verlo, Magdalena!
(Arrugando la pechera de la camisa con ambas manos y agarrando las vendas que protegen y ciñen la herida.)
¡Torpes lienzos que cerrais
de mi herida la ancha boca,
decid á quien os provoca
que la sangre en que os manchais
la conservaba en mis penas
para ella, no para mí;
y pues me arroja de aquí,
yo la arrojo de mis venas.
(Muestra por movimientos convulsivos que está rompiendo el vendaje.)

MAGDAL. (Precipitándose á él para contenerle.)
¡Torrente!

LORETO. (Lo mismo.) ¡Torrente!

MAGDAL. (Sujetándole el brazo.) ¡No!

LORETO. ¿Qué ha hecho usted?

MAGDAL. (Con espanto.) ¡La sangre brota!

LORETO. ¡Jesús, la venda está rota!

MAGDAL. ¡Rota! ¡Sí!

TORRENT. La rompí yo.

MAGDAL. (Restañándole la sangre con su pañuelo; cogiendo despues el de Loreto y repitiendo la operacion.)
¡Más sangre, más! ¡Ay de mí!
¡Se muere!
(Torrente está entre Magdalena y Loreto, que le sostienen y procuran atajar la sangre; y sin cuidarse de su herida, mira con amor á Magdalena devorándola con la vista.)

TORRENT. (A Magdalena.) ¡Vana quimera!
¿Cómo es posible que muera,
si al verte cerca de mí
con cariño y sin enojos,
¡más vida! ¡mucha más vida
que se escapa de la herida,
voy bebiendo por los ojos?

LORETO. (A Magdalena.) ¡Escucha! ¡Vienen!

MAGDAL. (Prestando oido.) ¡Dios Santo!
¡Salga usted! ¡Por compasion!

TORRENT. ¡Magdalena! ¿Y tu perdon?

MAGDAL. (En voz muy baja, miéntras Loreto va al fondo.)
¿No está usted viendo mi llanto?

TORRENT. ¡Magdalena!

MAGDAL. ¡Basta, impío!

LORETO. (Viniendo del fondo, dando á Torrente el sombrero y señalando la puerta de escape.)
¡Por allí! ¡Pronto, que llegan!

TORRENT. Sí... ya voy... Pero se niegan
mis piés á marchar...

MAGDAL. ¡Dios mio!

LORETO. (A Torrente.) Sujete usted el vendaje.

MAGDAL. ¡María... su voz! ¡Va á entrar!

TORRENT. (Llega Torrente con gran trabajo, y sostenido por Magdalena y Loreto, á la puerta de escape; pero allí se detiene sin fuerzas para salir.)
No puedo...

MAGDAL. (Con espanto.) ¡Le van á hallar!
¡Ellos!

LORETO. ¡Tras el cortinaje!

(Por un movimiento rápido oculta á Torrente tras de las cortinas de la puerta de escape. Magdalena y Loreto, en pié junto á él. Todo esto simultáneo con la entrada de D. Andrés y María. Es ya casi de noche.)

ESCENA XI.

MAGDALENA, MARÍA, LORETO, TORRENTE, D. ANDRÉS.

(D. Andrés y María por el fondo. Ella viene llorando y se deja caer en el sofá que está junto á la chimenea. D. Andrés va á consolarla, y á consolarla acude tambien Loreto.)

MARÍA. ¡Madre! ¡Madre, madre mia!
¡Partió! ¡Ya no le veremos!

MAGDAL. ¡Solas! ¡No! ¡Le seguiremos!

(Quiere ir á donde está su hija; pero Torrente, oculto siempre por el cortinaje, se lo impide cogiéndole una mano.)

TORRENT. (Al oido á Magdalena.)
¡Jamás! ¡Tu mano!

MAGDAL. (Con angustia y procurando desprender su mano de las de Torrente.)
¡María!
¡Abrázame por favor!

TORRENT. ¡No romperás estos lazos!

MAGDAL. (A María.) ¡Tus brazos! ¡Pronto, tus brazos!

(Torrente la besa en la mano. Ella se desprende con violencia y corre al encuentro de su hija. María se levanta tambien y corre al encuentro de su madre. Ambas se abrazan y se besan. Magdalena oculta el brazo, mira á hurtadillas la mano que besó Torrente, y dice, como la actriz crea que debe decirse.)

¡¡Su primer beso de amor!!

(Los personajes quedan en el órden siguiente: Magdalena y María en el centro, en pié y abrazadas; pero Magdalena ocultando la mano criminal. Don Andrés sentado en el sofá de la derecha, triste y abatido. Torrente tras el cortinaje, contemplando á Magdalena. Loreto junto á D. Andrés.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero. La chimenea estará encendida; las puertas cerradas; las hojas de cristal del balcon cerradas tambien: las de madera abiertas. Es la caida de la tarde, y hay poca luz en la escena.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, TORRENTE.

MAGDAL. Basta, Torrente.
TORRENT. ¡Imposible!
¡Magdalena! (Suplicando.)
MAGDAL. Todo un sueño
ha sido. Llegó la hora
de despertar, y debemos
ahogando del corazon
los gritos y los lamentos,
al amor dique poner,
poner á sus ánsias término,
y entre los dos llanto, olvido,
ausencia y remordimiento.
TORRENT. ¡Remordimiento! ¿Por qué,
si siempre halló mi deseo
en tu implacable virtud
á la vez espuela y freno?
MAGDAL. ¿Por qué? ¡Y haber vacilado!
¡Y sentir dentro del pecho
de impuro volcan la llama
y de torpe amor el fuego!

¡Y mañana cuando llegue
mi esposo, ceñir su cuello
con un abrazo traidor,
en su noble frente un beso
más traidor darle, y llevar
manchada el alma al encuentro
de aquella otra alma tan pura,
tan pura como los cielos!
¿Con que no debo sentir
vergüenza y remordimiento!
¡Y todo por tí, Torrente!
Responde: ¿con qué derecho
de mi tranquila existencia
turbaste el cristal sereno?

TORRENT. ¡Porque te adoro!

MAGDAL. (Separándose de él con supersticioso temor.)
¡Mentira!
Conozco tus pensamientos.
Eres de la tentacion
el infame mensajero.
¡Debiera odiarte! Lo sé.
¡Debiera! pero no puedo;
que el alma me grita á voces:
¡aunque me pierde, le quiero!

TORRENT. ¡Repíteme esa palabra,
Magdalena, por el cielo!
¡Y toma despues mi vida,
que ya más dicha no espero!

MAGDAL. No esperes más dicha, no.
Ese grito que el infierno
puso en mis labios, será
de mi pasion el postrero.
Todo acabó entre nosotros.
¿Ves tus cartas?
(Mostrando un pequeño paquete.)
Su veneno
¡cuán dulce era! ¡Cuál filtraba,
recogido por mis besos,
gota á gota y lentamente
hasta el fondo de mi pecho!
¡Qué ardor á mi sangre daba!

¡Qué llamas al pensamiento
tentador y desvelado
de la noche en el silencio!

(A su pesar se sumerge en aquellos peligrosos recuerdos: de pronto se detiene y hace un esfuerzo para desprenderse de tales ideas.)

¡No será más!

(Con las cartas en la mano se dirige á la chimenea: la sigue Torrente.)

TORRENT. ¡Magdalena!
¿Qué intentas!

MAGDAL. ¿Ves aquel fuego?
Pues allí serán ceniza,
y ceniza el amor nuestro.

TORRENT. (Quiere impedirlo.) ¡No ha de ser!

MAGDAL. Aparta.

TORRENT. Nó.

MAGDAL. Sí.

TORRENT. ¡Cruel!

MAGDAL. (Arrojándolas al fuego; prende la llama, y arden.)
¡Al fin!

TORRENT. ¿Qué has hecho?

(Pausa. Magdalena le mira con tristeza.)

MAGDAL. ¡Me quemaban las traidoras,
y en castigo yo las quemo!

TORRENT. De mi pobre corazon
eran los dolientes ecos.

MAGDAL. (Sin poder contenerse y oprimiendo el pecho con las manos.)
¡No temas que las olvide,
que escritas aquí las llevo!

TORRENT. ¡Eso es amor, Magdalena!

MAGDAL. ¿Amor? No. ¡Remordimiento!

TORRENT. ¡Amor es!

MAGDAL. Y bien. ¿Qué importa,
si ya más no nos veremos?

(Él hace un movimiento como para protestar; ella le interrumpe.)

Acaba la tarde. Vete.
Por última vez te espero
esta noche. Me traerás
todas mis cartas. Por dentro

esas puertas cerraré,
y por allí, sin recelo
(Señalando la puerta secreta.)
puedes entrar como siempre.
¡Todas mis cartas!
(Nuevo movimiento de Torrente como la vez anterior.)
¡Las quiero!
De tu mano han de pasar
sin peligroso intermedio
á las mias; y despues
que las consuma ese fuego,
nó quedará de este amor
más prueba, ni más recuerdo,
que la sombra que en mi frente
esparzan mis pensamientos.

TORRENT. ¡Separarnos!

MAGDAL. ¡Es preciso!

TORRENT. ¡Imposible! ¡No lo creo!
(Con angustia y acercándose á Magdalena.)

MAGDAL. ¡Mañana llega mi esposo!
(Se separa de él y se aproxima á la puerta de la derecha. Torrente la sigue suplicante.)
¡Adios!

TORRENT. ¡Aguarda!

MAGDAL. Te espero
á las nueve.

TORRENT. ¡Magdalena!

MAGDAL. A las nueve. (Sale por la derecha.)

ESCENA II.

TORRENTE.

(La tarde concluye y la oscuridad es cada vez mayor. Sigue brillando la chimenea).

(Pausa.)

(Con desesperacion.) ¡Sí! ¡La pierdo!
¡Perderla! No me resigno.

¡Perderla! ¡Cuando estoy viendo
(Con pasion creciente.)
que su voluntad vacila,
y que se abrasa su pecho!
Cediera, si no me amase;
pero amándome, no cedo!
¡No he de volver á la tierra
con la esperanza de un cielo!
(Pequeña pausa.)
Su esposo llega esta noche,
que tuve aviso secreto;
y esta noche he de llevar
adelante mi proyecto.
Basta de cobardes dudas;
basta de temores necios:
con mi hermosa Magdalena,
este es el único medio.
Nebreda estará esperando,
y confiar en él bien puedo,
que nuestra amistad con sangre
sellamos sobre el terreno,
y sabe lo que yo valgo,
y que yo á todo me atrevo.
(Mira á su alrededor; se aproxima á la puerta y acecha. Cuando se ha cerciorado de que nadie viene va al balcon, lo abre y mira con grandes precauciones.)
Allí está.
(Hace una seña y se queda observando.)
Mi seña vió.
(Llamando en voz baja y más aún con los ademanes.)
Ya viene.—Más cerca. Bueno.
(Saca del pecho un paquete de cartas y lo arroja por el balcon. Despues se asoma y habla con Nebreda, que se supone que está en la parte de afuera.)
Allá van las cartas todas.
En tu capa bien envuelto,
la señal aguardas.
(Pequeña pausa como para dar tiempo á que Nebreda diga algo que no se oye.)
Sí.
(Otra pequeña pausa con el mismo objeto que ántes.)
Inútil: no retrocedo.

Fíjate bien: cuarto bajo:
tres balcones! el del centro.
Adios.

(Otra pausa como las anteriores.)

La luz: no lo olvides.

(Nueva pausa. Torrente sonríe con desdén al oir las observaciones que se supone que le hace Nebreda. En cada una de estas pausas se inclina algo hácia el exterior para oir con más claridad lo que aquél dice.)

Corazon de sobra tengo.

(Se retira del balcon y cierra las hojas de cristal, pero no las de madera, diciendo entre tanto lo que sigue:)

Entre Pablo y Magdalena
he de abrir, ¡viven los cielos!
de escándalo y de deshonra
abismo tan hondo y negro,
que por suyo lo tuviera,
si ya no es suyo, el infierno.

(Va despues á la puerta del fondo, cuyo pestillo, que estaba echado, descorre, entreabriendo algo dicha puerta. Es ya casi de noche. Escucha algunos momentos con atencion.)

Alguien viene. Sí, María.
¡Pobre niña: sér etéreo
que flota de la inocencia
en el espacio sereno;
única forma que en mí
reviste el remordimiento!

(Se oculta detrás del cortinaje de la puerta secreta ó de escape, pero de suerte que el espectador no le vea. El gabinete á oscuras: alguna claridad en el cuadro que forma el balcon: fuego muy vivo en la chimenea.)

ESCENA III.

MARÍA.

(María por el fondo. Se supone que Torrente está tras el cortinaje. María da algunos pasos y se detiene pensativa. Sonríe dulcemente: cruza las manos como si hiciera oracion mental, para dar gracias al cielo porque su padre vuelve, y levanta los ojos.)

¡Mañana llega mi padre!
¡Con qué amor le abrazaré!
Y ¡cuánto le besaré!
Pero... ¿Dónde está mi madre?
(Buscando con la vista por todas partes.)
Es medroso este aposento,
ó medroso me parece.
(La luz roja, muy roja y muy fuerte, de la chimenea, proyecta la sombra de María sobre el suelo en parte, y en parte sobre el lienzo en que está el retrato de D. Pablo; lo cual observado por María, da ocasion á estos versos.)
¡Cuál mi sombra crece y crece
como gigante del viento!
(Acercándose como en juego infantil á la chimenea, para que su sombra crezca y suba por el muro hasta llegar al retrato.)
Ya llega hasta el lienzo aquel
que á mi padre representa.
Quiero que en su frente sienta
mi beso.
(Moviéndose con dulces y poéticos movimientos de niña, para que la sombra de su cabeza llegue á la frente del retrato.)
¡Llama cruel!
¿por qué te agitas así,
y finges que se desvía
de la sombra de María
quien jamás huyó de mí?
(Dirigiéndose á la pintura con tono de cariñosa reconvencion.)
¡Recibe mi beso, ingrato!
¡No te apartes desdeñoso!

¡Es el beso misterioso
de una sombra y de un retrato!
(Siguiendo siempre la sombra con la vista.)
Ya desciende de aquel cielo
con fantástica congoja.
Ya envuelta entre tinta roja
tendida yace en el suelo.
(Huyendo con cierto espanto de su sombra.)
¡Cuán oscuro este salon
queda al declinar la tarde!
Y ¡cómo late cobarde
mi mezquino corazon!
¡Madre, madre, ven aquí!
(Se aproxima á la puerta de la derecha, y llama á su madre con voz agitada é infantil; con la voz de un niño que tiene miedo.)

ESCENA IV.

MAGDALENA, MARÍA.

(Magdalena por la derecha: María que sale á su encuentro. Se supone que Torrente está oculto tras la cortina de la puerta de escape.)

MAGDAL. ¿Qué tienes?
MARÍA. Miedo.
MAGDAL. ¿Por qué?
(Con dulzura y acariciándola. Madre é hija vienen al proscenio.)
MARÍA. En verdad que no lo sé.
Hace un momento sentí,
sin razon y sin motivo,
¡una angustia! Mas... pasó.
MAGDAL. Pediremos luces.
MARÍA. No:
que el resplandor rojo y vivo
de ese fuego, ¡madre mia!
en teniéndote á mi lado,
devuelve á mi acongojado

espíritu su alegría.
Ven aquí.

(Coge de la mano á Magdalena y la obliga á sentarse en una butaca próxima á la chimenea. Despues se sienta ella en un taburete á los piés de su madre, apoyando con mimo y como si fuera una niña, los brazos en la falda de Magdalena y contemplándola con ternura.)

MAGDAL. (Aparte.) Mi palidez
cubre la llama.

MARÍA. A tus plantas,
tu María. (Pequeña pausa.)
¡Ay madre, cuántas,
cuántas veces mi niñez
en tus brazos logró hallar
tibio nido, dulce y tierno,
allá en las noches de invierno
junto al fuego del hogar.
¿Te acuerdas? Responde.

MAGDAL. (Profundamente conmovida.) Sí.

MARÍA. Yo durmiendo en tu regazo,
mi cabecita en tu brazo,
y mi padre junto á tí.

MAGDAL. Basta.

(Sólo al talento de la actriz es dado interpretar los tormentos que sufre Magdalena, y suprimimos por este motivo la mayor parte de las acotaciones.)

MARÍA. Cuando despertaba,
tu labio me sonreia,
y algunas veces veia
que mi padre te besaba.

MAGDAL. ¡Basta! basta ya por Dios!
(Ocultando el rostro entre las manos.)

MARÍA. ¿Estás llorando?

MAGDAL. ¡Cruel!

MARÍA. Comprendo: lloras por él.
(Con infantil curiosidad.)
¿Os quereis mucho los dos?
¿Por qué no respondes? Dí.
¿Temes que yo tenga celos? (Riendo.)
Desecha ruines recelos,
y quiérele más que á mí.
Te digo que no me enfado.

(Pausa.) ¿Verdad que tengo razon?

MAGDAL. (Aparte.) Sufre y calla, corazon.

MARÍA. Con que, vamos, ¿he acertado?

MAGDAL. (Procurando dominarse y hablar en el mismo tono de su hija, pero sin conseguirlo.)
Esa pregunta no pasa
de ser pregunta de niño.
¿Presumes tú que el cariño
así se mide y se tasa?
Hay cariños diferentes
y hay diferentes amores,
como hay en la luz colores.

MARÍA. (Con esa pesadez y esa insistencia propia de los pequeñuelos.)
Pero, ¿por mi padre sientes
mucho cariño?

MAGDAL. Sí; mucho.
¡Tanto! ¡tanto!. ¡que yo creo
que siempre ante mí le veo,
que siempre su voz escucho!

MARÍA. Durante su larga ausencia,
¡cuánto has llorado por él!

MAGDAL. (¡Nada, nada hay más cruel
á veces que la inocencia!)
(Aparte y con angustiosa agitacion.)

MARÍA. (Acercándose á su madre.)
Muchas noches yo te oia
en tu lecho sollozando;
me levantaba callando,
y me acercaba.

MAGDAL. (Apoderándose de las manos de su hija, acercándola á sí y mirándola fijamente.)
¡María!

MARÍA. Y oculta en el cortinaje,
tu largo insomnio siguiendo,
iba en tus labios leyendo
el silencioso lenguaje
con que se habla al Hacedor,
cuando la palabra humana
es impotente y es vana
para expresar el dolor

Así mis labios imitan,
y en su movimiento anuncian,
palabras que no pronuncian.
Así mis labios se agitan
cuando rezo y cuando lloro.

MAGDAL. Y ¿ nunca nada me oiste?

MARÍA. Sí: muchas veces dijiste...

MAGDAL. ¡Pronto! ¿Qué dije?

MARÍA. Le adoro.

MAGDAL. Y ¿qué más?

MARÍA. Ya nada, madre.
Despues la frente ocultabas.

MAGDAL. Y entónces, tú, ¿qué pensabas?

MARÍA. Claro. ¡Cuánto ama á mi padre!

(Magdalena se echa hácia atrás, como huyendo de su hija con un gesto de horror, y se cubre el rostro.)

MAGDAL. (Aparte, con suprema angustia.)
¡Pasion divina de Cristo!
¡Ya no le amaré jamás!
Lo juro.

MARÍA. (Con infantil malicia.)
Y he visto más.

MAGDAL. (Volviendo espantada á acercarse á su hija.)
¡Más! Pues dí, ¿que más has visto?

MARÍA. Sus cartas, bajo la almohada,
ocultabas afanosa,
y en la noche silenciosa,
la pupila dilatada,
en desórden el cabello
sobre el hombro alabastrino,
tu semblante peregrino
más que nunca puro y bello,
de la almohada las cogias,
á la luz te aproximabas,
y unas veces las besabas,
y otras veces las leias.

MAGDAL. Y al presenciar tal escena,
¿pensaste?

MARÍA. Pensé gozosa
que eres, madre, muy hermosa,

y que eres, madre, muy buena.

MAGDAL. ¿Eso pensabas de mí?

MARÍA. Despues la luz apagabas,
y despues, madre, llorabas.

MAGDAL. ¿Y tú?

MARÍA. Rezaba por tí.
Que tambien mi pecho adora
á la madre de mi vida.
Un beso, madre querida.

MAGDAL. (Rechazando á su hija.)
¡No! No me beses ahora.

MARÍA. (Con voz mimosa.)
Es injusto tu rigor.

MAGDAL. (Rechazándola.)
¡No ves que mi rostro abrasa!

MARÍA. (Señalando á la chimenea.)
Los reflejos de esa brasa
á tu rostro dan calor.

MAGDAL. ¡Es de púrpura mi tez!

MARÍA. (Con voz llorosa.)
Y bien; ¿y qué importa, madre?
Desde que marchó mi padre,
no me has besado una vez.
Ni una vez.
(Llorando como una niña.)
¡Y es muy mal hecho!
Digo que no, madre mia.
¡Ni al llegar el nuevo dia,
ni por la noche en mi lecho!

MAGDAL. ¡Calla! ¡Calla! ¡Ven aquí!
(La quiere coger entre sus brazos; pero Maria, enojada y llorosa, se retira.)

MARÍA. ¡Que es muy mal hecho te digo!
¡Siempre enojada conmigo,
y siempre huyendo de mí!

MAGDAL. (Aparte y echando la cabeza hácia atrás como vencida por la angustia.)
¡Perdon, Dios mio! ¡Perdon!

MARÍA. Madre, ¿qué tienes?

MAGDAL. ¿Yo? ¡Nada!

MARÍA. ¿Te he enojado, madre amada?

MAGDAL. ¡Aquí! ¡Sobre el corazon!

(Atrayendo sobre su pecho á María. Madre é hija se abrazan y se besan.)

MARÍA. Que otra vez tus labios sienta.

(Magdalena la abraza y la besa de nuevo.)

Así quiero que me abraces.

(Con infantil alegría.)

¿Con que hemos hecho las paces?
Bueno; ¡pues ya estoy contenta!

MAGDAL. Y ahora, silencio, María.
¡Silencio! Yo te lo pido.
Esta noche no he dormido,
y tengo sueño, hija mia.

MARÍA. Pues dormiremos las dos.

MAGDAL. Allá... como en tu niñez.

(María en toda esta escena está á los piés de Magdalena, sentada en el taburete, como queda dicho, y en actitud de niño pequeño. Su madre le coge la cabeza con cariño y le obliga á ponerla sobre sus rodillas ó contra su pecho. Pequeña pausa.)

MARÍA. Pues dame un beso otra vez.

MAGDAL. (Besándolola.) Y duerme. Duerme, por Dios.

(Nueva pausa.)

MARÍA. ¿Vendrá mañana?

MAGDAL. Vendrá. (Pausa.)

MARÍA. ¡Qué dicha!

(Otra pausa más. María empieza á dormirse.)

¡Qué alegre fuego!

(Lentamente y con voz más apagada á medida que se duerme.)

Primero... á tí... madre... y luégo...
luégo... á mí... me besará.

(Queda dormida en la falda de su madre.)

ESCENA V.

MAGDALENA.—MARÍA durmiendo á sus piés y con la cabeza en su regazo.—TORRENTE saliendo de entre el cortinaje y acercándose poco á poco.

MAGDAL. Ya se apaga su pupila:
(Contemplando á su hija.)
ya la comienza á rendir
el sueño: dulce dormir
de una conciencia tranquila.
¡María, blanca azucena:
en teniéndote conmigo,
no vendrá, no, mi enemigo!
Tú le ahuyentas.

TORRENT. (Que se ha ido aproximando por detrás, al oido y en voz muy baja.)
¡Magdalena!

MAGDAL. (Da un grito ahogado, cubre la cabeza de su hija con ambas manos, y se vuelve á mirar á Torrente, encogiéndose de horror en su asiento al verle.)
¡Él! ¡Mentira! ¡No me llama!
¡Lo forja el remordimiento,
con sombras de este aposento
y reflejos de esa llama!

TORRENT. Silencio.

MAGDAL. ¿Con que es verdad?

TORRENT. Silencio.

MAGDAL. ¡Tú, todavía!
Vete... ¿No ves á María?

TORRENT. Escúchame, por piedad.

MAGDAL. ¡Aparta! ¡No te he de ver!
¡Huye! ¡No te quiero oir!

TORRENT. ¡Cuánto, ay Dios, te hago sufrir!

MAGDAL. Déjame.

TORRENT. ¡Pobre mujer!

MAGDAL. ¿Tú me compadeces?

TORRENT. Mucho.

MAGDAL. ¿Huirás de mí?

TORRENT. ¿Qué sé yo!
MAGDAL. ¿Anhelas perdeme?
TORRENT. No.
Te adoro tanto, que lucho.

(Pausa. Torrente, colocado á espaldas de la butaca en que está sentada Magdalena, y hablándole en voz muy baja y al oido. María, durmiendo. El salon iluminado tan sólo por la chimenea.)

Tras los cortinajes rojos,
todo lo estuve escuchando;
y, mira, estuve llorando,
y nunca lloran mis ojos.
MAGDAL. Enrique, ten compasion
de mi angustia, y déjame.
¡Si nos oyese!
(Poniendo á su hija una mano en el pecho.)
¿Por qué
late más su corazon! (Alarmada.)
¡Me aterra hasta que palpite!
¡Si supiera, Dios clemente!
TORRENT. Lo sabrá, que ya la gente (Siempre al oido.)
en voz alta lo repite.
MAGDAL. ¡Mientes!
TORRENT. Tu enojo refrena.
Silencio: va á despertar.
MAGDAL. Tú me quieres aterrar,
pero mientes.
(La voz de Loreto desde fuera por la parte del balcon.)
¡Magdalena!
(Movimiento de sorpresa en ambos. Torrente se dirige con precaucion á la puerta secreta. Pausa.)
LORETO. Magdalena, asómate.
MAGDAL. ¡De allí... tras esos cristales!
(María hace un movimiento como para despertar.)
LORETO. ¡Magdalena!
MAGDAL. (En voz baja, muy baja y suplicante, dirigiéndose á Torrente y señalando con angustia á su hija.)
Si no sales,
te verá.
TORRENT. Pues volveré.

(Ya junto á la puerta. María trata de incorporarse; su madre abrazándola y besándola se lo impide, y al mismo tiempo mira si ha salido Torrente.)

LORETO. ¡María!

(Torrente sale por la puerta de escape.)

MAGDAL. (Aparte.) Al fin...

MARÍA. ¿Quién me llama?

(Desprendiéndose de los brazos de su madre y levantándose.)

MAGDAL. Sin duda algun indiscreto.

LORETO. ¡Magdalena!

MARÍA. ¡Si es Loreto!

(Se dirige al balcon; abre las hojas de cristal y se asoma. Antes se levanta Magdalena, la alcanza y le dice en voz baja.)

MAGDAL. No digas que estoy.

ESCENA VI.

MAGDALENA.—MARÍA.

(Magdalena en el centro del proscenio. María en el balcon hablando con Loreto.)

MAGDAL. Me infama
la voz pública, decia.
(Pequeña pausa para dar tiempo á que Loreto hable.)

MARÍA. No: mañana le esperamos.
(Otra pausa.)
¿Contentas?... Vaya si estamos.

MAGDAL. Pero no es verdad: mentia. (Nueva pausa.)
Si el pensamiento es fugaz,
si no se graba en la frente,
¿por qué ha de encontrar la gente
escrito sobre mi faz
crímen que no llegó á sér,
que yo misma en mí no veo,
que fué tan sólo un deseo
que pude ahogar al nacer? (Otra pausa más.)

MARÍA. (Siempre en el balcon.)
Pues te esperamos las dos.

Bueno; ya lo sé, querida. (Pequeña pausa.)
Lo repetiré: descuida. (Pausa.)
Con que, adios, Loreto, adios.

(Retirándose un poco del balcon y dirigiéndose á su madre.)

Al fin se marchó. ¡Dios mio!
y ¡qué manera de hablar!
Voy el balcon á cerrar
del todo, que no confío
en que no vuelva.

(Cierra el balcon por completo, así las hojas de cristal, como las de madera. Despues viene á donde está su madre.)

¡Qué cruz!

MAGDAL. Pide luces.

MARÍA. Voy. (Toca un timbre.) ¿Oíste su charla?

MAGDAL. No. (Distraida.)

MARÍA. Bien hiciste.

(Aparece un criado en la puerta del foro.)

Antonio, traiga usted luz.

(Pequeña pausa. Sale el criado.)

¡Cuántas cosas me ha contado!
¡Qué mujer, qué torbellino!
Pensó que mi padre vino,
y por eso me ha llamado.

(Entra un criado con un quinqué encendido, que coloca en la mesa próxima al balcon. Despues sale.)

Los azares y las cuitas
me hizo saber de su viaje;
despues me habló de su traje;
me preguntó qué visitas
hemos tenido en su ausencia;
si Torrente, aquel pintor
(Movimiento de Magdalena.)
que nos presentó el tutor,
volvió á casa con frecuencia;
que ya vendrá por aquí
y charlareis por los codos;
que ha llegado ayer, y todos
ya le han hablado de tí.

(Magdalena no puede contener su angustia y se aproxima á María, la que sigue imitando con risa cómica las exageraciones de Loreto.)

Y con esto abrió los brazos,
y con alma y corazon,
para tí me dió en monton
memorias, besos y abrazos.
Con que, ya ves, madre mia,
¡qué cabeza y qué mujer!
ni quién puede comprender
semejante algarabía.

(Pausa. Acércase á su madre con interés al notar su palidez y su preocupacion.)

¿Qué tienes?

MAGDAL. ¿Yo? Nada.

MARÍA. Sí.
Helada tu mano está.

MAGDAL. (Aparte.) Lo ha dicho Loreto: ya
todos murmuran de mí.

ESCENA VII.

MAGDALENA.—MARÍA.—D. ANDRÉS.

CRIADO. Don Andrés.

(Anunciando. El criado se retira, y D. Andrés entra muy de prisa.)

D. ANDR. ¡Mi Magdalena!

MAGDAL. ¡Padre, mi buen padre!

D. ANDR. (A Magdalena.) ¡Albricias!
¡María, grandes noticias!
Que nada os anuncie ordena,
mas ya hice poner el coche
y en él os llevo á las dos.

MAGDAL. ¿Qué dice? ¡Pablo!

MARÍA. ¡Por Dios!

D. ANDR. (A María.) Tu padre llega esta noche.

(Dos gritos resuenan, pero con bien distintas entonaciones: el de María es de placer; el de su madre es de sorpresa y casi de horror.)

El telegrama lo dice.

(María abrazando á su madre con trasportes de contento.)

MARÍA. ¡Él viene, madre!

MAGDAL. ¡María!

¡Ay de mí!

MARÍA. (Con solitud.) ¡Madre!

MAGDAL. ¡Hija mia!

D. ANDR. (Acercándose á Magdalena y mirándola.)

¡El color pierde! mal hice
en dar la noticia así...

MAGDAL. (Procurando dominarse.)

Es la emocion natural.

D. ANDR. Que pudo serte fatal.

MAGDAL. ¡Voy á verle! ¡Y él á mí!

D. ANDR. Pues vamos á la estacion.

MARÍA. ¡Vamos, madre!

D. ANDR. ¿Qué aguardais?

MAGDAL. Vosotros... vosotros vais:
yo no puedo.

D. ANDR. (Con severidad.) No es razon...

MARÍA. Es razon. Se siente mala,
y así no puede salir.
Yo estoy buena y puedo ir.
Aguarde usté en esta sala, (A D. Andrés.)
que me arreglo en un momento:
cinco minutos de plazo.
Dame un beso y un abrazo.

(Abraza y besa á su madre y sale corriendo como una niña.)

¡Estoy loca de contento!

ESCENA VIII.

MAGDALENA.—D. ANDRÉS.

D. ANDR. Aunque siento incomodarte,
no soy contra el mundo un Cid,
y yo sé lo que es Madrid...

MAGDAL. ¿Y bien?
D. ANDR. Que vas á quedarte.
MAGDAL. ¿Es mal hecho?
D. ANDR. Dale, bola:
es que aquí se nota todo,
y dirán de cierto modo:
«Fué á esperarle su hija sola.»
MAGDAL. ¿Hay, acaso, en ello mengua?
D. ANDR. Lo que hay es que no he de oirlo.
MAGDAL. ¿Y si álguien quiere decirlo?
D. ANDR. A ese le arranco la lengua.

(Pausa.—Magdalena le mira con sorpresa. D. Andrés se sienta en la butaca de la derecha.)

MAGDAL. ¿Está usted, padre, enojado?
D. ANDR. ¿Enojado? ¡Yo! ¿Por qué?
MAGDAL. En verdad que no lo sé:
yo motivo no le he dado.
Yo como siempre le quiero.
¿Y usted á mí?
D. ANDR. (Con cierta frialdad.) Claro está.
MAGDAL. (Aparte.) ¡Cómo lo ha dicho! ¿Sabrá...
Si él lo sabe... ¡Yo me muero!
D. ANDR. ¡Cuánto tarda! De ese modo
no llegamos.

(Se levanta despues de mirar el reloj, se acerca y observa fijamente á Magdalena.)

¡Quién diria
ante esa faz sin color
que esta noche le has de ver!
MAGDAL. Cuando es muy grande el placer,
casi parece dolor.
D. ANDR. Vamos, Magdalena, calma.
MAGDAL. Pues déjeme usted llorar.
Yo le quisiera... abrazar...
padre, padre de mi alma.

(Se abraza llorando á D. Andrés.)

ESCENA IX.

MAGDALENA.—MARÍA en traje de calle.—D. ANDRÉS.

MARÍA. ¿Llorais los dos de ventura?
Yo tambien... llorando estuve.
Lágrimas son de una nube
que el íris pinta en la altura.

(Enjugándose los ojos y cambiando de tono con la volubilidad propia de los niños.)

Y ahora vamos, que á las diez
llega.

MAGDAL. Esperadme.

(En un arranque repentino y dirigiéndose á la puerta de la derecha. Precisamente en este momento el reloj de la sala da las nueve. Magdalena se detiene como obedeciendo á una nueva idea.)

(Aparte.) ¡Las nueve!
Quiero mis cartas.

MARÍA. (Con impaciencia y creyendo que les va á acompañar su madre.)

Sé breve.

(Pausa.—Magdalena vuelve pensativa y sombría al proscenio. El deseo de ver á Torrente domina en ella: la tentacion vence.)

MAGDAL. (En tono seco y en voz alta.) Idos.
(Aparte con pasion.) ¡Por última vez!

(D. Andrés se acerca á Magdalena y le coge una mano como para querer convencerla.)

¡Yo, no podria!

(Con humildad, pero resuelta á quedarse.)

MARÍA. (Queriendo llevarse á D. Andrés.)

Los dos...
vamos entónces.

MAGDAL. (Aparte, mirando á su tutor que se aleja con María, y con acento de enojo.)

No intenta
convencerme. Pues mi afrenta,
¿para qué sabe, buen Dios,

si cede cuando yo cedo
y no viene contra mí,
cuando vencer al de aquí
(Golpeándose en el pecho.)
ya vencida yo no puedo?

MARÍA. Con que, vamos pronto, padre.

(Le pone en la mano el sombrero y el baston, y se lo lleva. D. Andrés marcha maquinalmente: Magdalena en primer término los ve alejarse.)

MAGDAL. ¡Adios!

D. ANDR. (Se detiene: se vuelve: mira á Magdalena, y se despide de ella desde léjos y friamente.)

¡Adios, Magdalena!

MAGDAL. (Aparte al ver que ya están en la puerta de salida.)

(¡Que le siga no me ordena!)
(Como rogándola que vuelva.)
¡Adios, María!

MARÍA. (Saliendo por el foro con D. Andrés.)

¡Adios, madre!

ESCENA X.

MAGDALENA.

(Hace un movimiento para seguirlos. Vencida por la tentacion se detiene.)

¿Iré con ellos? ¡Jamás
he de verle ya en la vida!
Es mi eterna despedida.

(Pausa.—Magdalena lucha desesperadamente consigo misma. La actriz interpretará este momento, que es el momento supremo, como su inspiracion le aconseje. Al fin vence la pasion y pone en labios de Magdalena el siguiente verso, que es á la vez el triunfo del mal y la sentencia de la culpable.)

¡¡Esta vez, y nunca más!!

(Va al fondo y corre el cerrojo de la puerta; cierra tambien por dentro la puerta de la derecha, y viene despues á escuchar á la puerta de escape.—Pausa. Volviendo al centro y procurando convencerse que ha hecho bien.)

Esas cartas no es prudente
que queden en su poder.
Y en fin, ¡yo le quiero ver!
(Con arranque apasionado.)
¿A qué mentirme?
(La puerta de escape se abre; las cortinas se mueven. Torrente aparece.)
¡¡Torrente!!

ESCENA XI.

MAGDALENA, TORRENTE.

(Torrente queda en pié junto á la puerta de escape y sin avanzar. Magdalena en pié tambien, pero en el centro.—Pausa.—Se miran en silencio durante algunos momentos.)

MAGDAL. (Tendiendo la mano.)
¡Mis cartas!
TORRENT. (Friamente.) No, Magdalena.
MAGDAL. Yo las quiero recobrar.
TORRENT. (Adelantándose.) Yo las quiero conservar.
Son la divina cadena
que te hace esclava de mí.
MAGDAL. ¡Por el crímen y el dolor!
TORRENT. Por el crímen del amor,
del amor que puse en tí.
MAGDAL. Amor que muere, Torrente,
en este supremo instante.
TORRENT. Amor que se alza gigante
y me trueca en un demente.
Escúchame, Magdalena,
y mide bien mis palabras:
mira que esta noche labras
tu perdicion y mi pena.
Há poco fuíme de aquí:
contra un arbol me apoyé:
estaba solo, y lloré
y casi me arrepentí.
Triunfaba ya mi razon,

cuando á mi abrasada mente
subió tu imágen ardiente
del fondo del corazon.
(Con creciente delirio.)
Ante mí te presentabas,
como te pintó María
allá en la noche sombría
cuando por mi amor llorabas!
¡Yo ví tu rostro divino,
de tus ojos el destello,
y desatado el cabello
sobre el hombro alabastrino;
y el fuego secó mi llanto,
y loco empecé á gritar:
¡cómo la puedo dejar,
si es tan bella y *me ama tanto!*

(Pausa.—Magdalena le contempla aterrada. Quizá en este momento comprende la infeliz pecadora que aquellas delectaciones amorosas de una y otra noche de tentacion no han sido estériles, ni se han perdido como sombras que la luz del dia desvanece, sino que por el contrario, han dado horrible fruto de perdicion; que el mal, áun no pasando de las regiones del pensamiento, si el *pensamiento lo acaricia, llega siempre por caminos misteriosos á una tristísima realidad;* que sorprendida por su propia hija en sus criminales insomnios, referidas inocentemente tales escenas al amor de la lumbre, oidas por Torrente tras el cortinaje, y significando para él lo que en verdad significaban, y no lo que la pobre María supuso, sus locos trasportes de amor, abrasando la imaginacion de su amante, habian de ahogar en él todo arrepentimiento, toda idea noble, todo grito de la razon. En la lógica de los hechos aquellas noches en que acarició la idea adúltera, serán causa de deshonra, de ruina y de catástrofes para ella y para los suyos.)

Y resolví no perderte;
(En tono firme y resuelto.)
y ya ves: vengo á buscarte.

MAGDAL. ¿Para qué?

TORRENT. Para obligarte
á compasion.

MAGDAL. ¿De qué suerte?

TORRENT. Como me inspire el dolor,
ó me aconseje el despecho.

MAGDAL. Enrique, ¿con qué derecho?

TORRENT. Con el que me dió tu amor.
En esta senda de abrojos,
ó en esta senda de flores,
en la que hay tantos dolores
y tan divinos despojos,
¿pensó tu temeridad
qué sujetando al destino,
es posible en el camino
detenerse á la mitad?
¿Preferiste ser amante,
Magdalena, á ser honrada?
¿Comenzaste la jornada?
¡Pues la jornada adelante!
MAGDAL. ¡Torrente! ¡Torrente!
TORRENT. No:
no es posible, y no te asombre,
decir, Magdalena, á un hombre,
loco de amor como yo:
«Me pesa tu amante ser;
me avergüenzo si lo fuí:
la pasion llega hasta aquí,
y aquí comienza el deber.»
Pudiste no comenzar...
MAGDAL. ¡Calla!
TORRENT. ¡Escucha!
MAGDAL. ¡Calla, Enrique!
TORRENT. Quien del Torrente abrió el dique,
¡ay si lo quiere atajar! (Con violencia.)
MAGDAL. (Aterrada.) ¡Vete por Dios!
TORRENT. No me iré.
MAGDAL. ¡Demente estás!
TORRENT. Tú lo has dicho.
MAGDAL. ¡Déjame!
TORRENT. Vano capricho.
MAGDAL. ¡Va á llegar Pablo!
TORRENT. Lo sé.
MAGDAL. ¿Lo sabes y no te vas?
Pues ¿qué intentas? ¡Ay de mí!
TORRENT. ¿Quieres que te deje?
MAGDAL. Sí.
TORRENT. ¡Jura que no romperás

de nuestro amor la cadena!
¡Pero ha de ser de tal suerte,
que nos ligue hasta la muerte!
y te dejo, Magdalena.

MAGDAL. (Mirándole con fiereza y señalándole la puerta.)
¡Vete! ¡Las cartas! (Al ver que Torrente se aleja.)

TORRENT. ¡Ya es tarde!

MAGDAL. ¡Tanta infamia!

TORRENT. Vano afan.

MAGDAL. ¡Mis cartas!

TORRENT. Pronto estarán...

MAGDAL. ¿Dónde?

TORRENT. ¿Se agita cobarde
tu corazon?

MAGDAL. (Acercándose á Torrente con ansiedad cada vez mayor.)
Dí, Torrente,
¿dónde están mis cartas, dónde?

TORRENT. ¿Ya tiemblas?

MAGDAL. Pronto: responde.

TORRENT. ¿Nada tu instinto presiente?
¿No comprendes que adivino
que á romper va nuestros lazos
tu esposo, si entre sus brazos
aprisiona tu destino?
¿No comprendes que fingí
entre los dos tal barrera
de escándalo, que aunque quiera
no pueda volver á tí?
¿No comprendes, vida mia,
que por conseguir tu amor,
dicha, fortuna y honor
y la existencia daria?
Pues escucha, Magdalena,
y mide bien mis palabras;
mira que esta noche labras
tu perdicion y mi pena.
(Se acerca á Magdalena y le habla con voz reconcentrada y resuelta.)
Enfrente de ese balcon,
mudo y solemne testigo,

á toda prueba un amigo,
amigo del corazon,
la llegada está espiando
de tu esposo.

MAGDAL. ¡Dios del cielo!

TORRENT. De la noche tras el velo
mi señal está esperando.
Y si la señal vislumbra
de tu esposo al ver el coche,
si las sombras de la noche
en ese balcon alumbra
por mi mano aquella luz,
¡tus cartas ha de entregar
á don Pablo de Aguilar!

MAGDAL. ¡Cristo Santo de la Cruz!

(Acercándose con ademán de desesperada súplica á Torrente.)

TORRENT. Nada pierdo, pues te gano:
si él me busca no me escondo,
y á su cólera respondo
con el hierro en esta mano.
Y no cuentes con que ceda;
y aprovecha mis consejos:
pero ¡pronto, que á lo léjos
se me antoja que ya rueda
un carruaje, y debe ser
el suyo.

(Le dice los anteriores versos cogiéndole las dos manos, acercándose mucho á ella, y procurando dominarla por el terror.—Pausa.—Los dos escuchan con ánsia.)

MAGDAL. ¡Ya se oye más!

TORRENT. ¡Decide!

MAGDAL. ¡Vete!

TORRENT. (Nueva pausa. Escuchando con angustia.)
¡Jamás!
Piensa que vas á perder...

MAGDAL. No tanto como perdí.

TORRENT. ¡Piensa que Pablo!...

MAGDAL. ¡Y María!

TORRENT. ¿Acaso crees que sería
esa niña para tí.

MAGDAL. ¡Calla! ¡Calla! Me estremezco
tu voz sólo al escuchar.
TORRENT. Piensa...
MAGDAL. ¡Sólo sé pensar,
infame, que te aborrezco!
TORRENT. (Prestando ambos oido al coche que se aproxima.)
Más cerca... más cerca... ¡Escucha!
(Acercándose á Magdalena y hablando, no ya en tono de amenaza, sino con expresion de cariño.)
Júrame que me amarás,
y basta... ¡y huyo!
MAGDAL. ¡Jamás!
¡Esta es la postrera lucha!
TORRENT. ¡Eso mismo digo yo!
MAGDAL. ¡Hoy cumpliré mi deber!
TORRENT. ¡Es ya muy tarde, mujer!
MAGDAL. ¡Nunca es tarde!
TORRENT. (Con terrible ironía.) ¿Con que no?
(Corre al balcon y abre las hojas de madera. Magdalena se precipita á contenerle.)
MAGDAL. ¡Aguarda, aguarda!
TORRENT. ¡Ya llega!
(Abre las hojas de cristal y mira al exterior, pero luégo se separa. Viene formando con Magdalena, que pugna por contenerle, un estrecho grupo, al centro, y habla con pasion y ternura.)
Al ménos, jura... ¡por tí!
amarme como hasta aquí.
MAGDAL. (Ya casi vencida.) ¿Y te irás?
TORRENT. ¡Me iré!
MAGDAL. (Vacila algunos momentos, pero al fin se arranca de los brazos de Torrente y se aleja de él con horror volviéndole la espalda.)
¡No! ¡Ciega,
insensata, que otra vez
voy la cadena á forjar!
Me quieres amedrentar,
venciendo así mi altivez.
(Torrente al oirle coge el quinqué, corre al balcon, lo abre y saca la luz.)
TORRENT. ¡Negra, muy negra es la noche,
y de esta luz el fulgor
es muy vivo!

MAGDAL. (Se vuelve; ve lo que hace Torrente, da un grito de espanto y corre á él procurando separarle ó arrancar la luz de sus manos.)

¡Por favor!

TORRENT. ¡Mira, Magdalena, el coche!

Torrente deja la luz en la mesa y vuelve al balcon. Magdalena le sigue: suprema ansiedad en ambos.)

¡Ya baja!

MAGDAL. ¡Ya baja, sí!

Se acerca un hombre.

TORRENT. Es Nebreda.

(Movimiento de terror en Magdalena. Torrente la sostiene entre sus brazos.)

Suceda lo que suceda,
yo no me aparto de tí.

(Extendiendo el brazo hácia el exterior y obligando á Magdalena á mirar.)

¡Las cartas!

MAGDAL. (Dando un grito de horror.) ¡Jesús mil veces!

(Viene vacilando y como huyendo de la ventana hasta el centro del teatro.)

Ya llegan... ¡Pablo... María!...
¡Vírgen santa!... ¡Vírgen mia!...
¿Por qué no me favoreces?

(Miéntras Magdalena pronuncia los últimos versos, va Torrente á la puerta de escape, descorre el cortinaje, abre la puerta y vuelve al lado de Magdalena.)

D. PABLO. ¡Magdalena! (Desde léjos con voz terrible.)

(Magdalena, al oir el grito de su esposo, retrocede espantada.)

TORRENT. (Siguiéndola y procurando llevarla hácia la puerta de escape.)

¡Ven conmigo!

MAGDAL. ¡Pablo! (Con indescriptible expresion de terror.)

TORRENT. ¡Lo quiere la suerte!
¡Con él te espera la muerte!

MAGDAL. ¡Y la deshonra contigo!

D. PABLO. ¡Magdalena! (La voz se oye más cerca.)

TORRENT. ¡Su ira ruje!

D. PABLO. (Golpeando la puerta del foro con furor.)

¡Abre! ¡puerta del infierno! (Golpeando más.)

TORRENT. (Procurando llevar á Magdalena.)
¡Te juro un amor eterno!
Pronto.

MAGDAL. (Loca de terror y sin saber lo que dice.)
Sí.

TORRENT. ¡La puerta cruje!

D. PABLO. (Golpeando con furor creciente la puerta próxima á abrirse.)
¡Ay de vosotros, villanos!

MAGDAL. ¡Llévame! (A Torrente en el límite del terror.)

TORRENT. (Con satánica alegría arrastrándola entre sus brazos á la puerta de escape.)
¡¡Por fin es mia!!

MARÍA. (Desde dentro, en la puerta del fondo y en el momento en que Torrente y Magdalena llegan á la de escape.)
¡Madre!
(Magdalena se detiene al oir la voz de su hija y se resiste á seguir.)

TORRENT. (Luchando por llevarla.) ¡Ven!

MARÍA. (Dentro.) ¡Madre!

MAGDAL. (Luchando desesperadamente con Torrente.)
¡María!
¡Aunque muera entre sus manos!
¡Suelta! ¡Suelta!

ESCENA XII.

MAGDALENA.—TORRENTE.—D. PABLO.—MARÍA.
D. ANDRÉS.

(Los movimientos y las posiciones de los personajes son los siguientes: Magdalena y Torrente habrán venido luchando hasta el centro de la escena. Al forzar D. Pablo la entrada, Torrente deja libre á Magdalena y da algunos pasos á la izquierda (del espectador), poniéndose en segundo término. Magdalena queda en el centro en actitud que será la que su talento inspire á la actriz.—D. Pablo aparece con la cabeza descubierta, pálido, terrible, amenazador, y á su lado María y D. Andrés. Los tres se detienen un instante en la puerta del fondo.)

D. PABLO. ¡Logré entrar!
¡Llévate esa niña, Andrés!

(Los empuja brutalmente hácia la puerta de la derecha y por ella los obliga á salir.)

MARÍA. ¡Madre, madre!...

D. PABLO. No; los tres
solos debemos quedar.

(Don Pablo queda un momento suspenso, contemplando á Magdalena y á Torrente como tigre que va á saltar sobre su presa. Sólo el talento del actor puede interpretar este instante en todo su horror dramático.)

ESCENA XIII.

MAGDALENA.—D. PABLO.—TORRENTE.

D. PABLO. (Precipitándose sobre Magdalena.)
Y ¡ahora, muere!

TORRENT. (Procurando cubrirla con su cuerpo y sujetando el brazo de D. Pablo.)
Vano empeño,
en tanto que yo esté aquí.

D. PABLO. (Forcejeando por desprenderse.)
¡Miserable!

(Magdalena separa bruscamente á Torrente y cae de rodillas presentando el pecho á su esposo, abriendo los brazos y dejando caer la cabeza hácia atrás ó con otros movimientos que la atriz crea oportunos.)

MAGDAL. ¡Aparta! ¡Sí!
Puede matarme: ¡es mi dueño!

D. PABLO. (Pausa) ¡Esto es soñar! ¡Tú en el lodo!
¡No es posible! ¡Yo deliro!

(Poniéndole las manos en la frente, separándole el cabello y mirándola más y más.)

¡Es mentira lo que miro!
¡Es mentira todo! ¡Todo!

(Alejándose de ella y en un ademan horrible de desesperacion.)

¡Deshonrarme! ¡Dios clemente!
¡A mí, que tanto la quiero!
¡Si lo dice el mundo entero,

es que el mundo entero miente!

(Cogiéndola por un brazo y trayéndola más al primer término.)

¡Mi amor! ¡mi nombre! ¡mi fé!
¡de la liviandad despojos!
Si lo miro con mis ojos,
¡los ojos me arrancaré!
¡Mientes, ruin cristal, que lloras;
(Cubriéndose los ojos con la mano.)
mientes, imbécil razon;
(Oprimiéndose la cabeza.)
defiéndela, corazon;
(Golpeándose el pecho.)
tú aciertas, tú, que la adoras!
(Mirando al rededor con extravío.)
Buscaban traidores modos
para romper nuestros lazos:
ven, acógete á mis brazos.
¡Yo te amparo contra todos!

MAGDAL. ¡Sí, Pablo, en tu corazon!
(Desfalleciendo.)

D. PABLO. Ahora explícame...

MAGDAL. ¡No puedo!

D. PABLO. A mí solo... quédo... quédo...

MAGDAL. ¡Pablo del alma! ¡Perdon!
(Cae desmayada en los brazos de D. Pablo.)

D. PABLO. (Procurando reanimarla.)
Mi bien... mi dicha... mi estrella...
¡Socorro!

(Dirigiendo la vista á todas partes y viendo á Torrente, prorumpe en una exclamacion de feroz alegría, y le habla; pero sin soltar de sus brazos á Magdalena.)

¡Por Belcebú!
¡Ya te olvidaba! Habla tú,
por aquél... (Señalando hácia el exterior.)
por tí... ¡y por ella!

TORRENT. (Con frialdad.) ¡Flaqueza fuera extremada!

D. PABLO. ¡Habla pronto!

TORRENT. No hablaré.

D. PABLO. ¡La lengua te espolearé

con la punta de una espada!
TORRENT. Pues á la prueba me allano.
D. PABLO. ¡Y áun ántes!
TORRENT. ¡Soberbio alarde!
¿Cómo?
D. PABLO. ¡Apretando, cobarde,
tu garganta con mi mano!
TORRENT. ¿De qué suerte?
D. PABLO. ¡Verás cómo!

(D. Pablo arroja á Magdalena desmayada en la butaca próxima á la mesa, y se precipita sobre Torrente.)

ESCENA XIV.

D. PABLO.—TORRENTE.—D. ANDRÉS.—MAGDALENA, desmayada.—Al final MARÍA.

(En el momento en que D. Pablo va á caer sobre Torrente, D. Andrés se coloca entre ambos y detiene á aquél.)

D. ANDR. Eres, Pablo, caballero.
D. PABLO. ¡Por eso matarle quiero!
D. ANDR. Con el hierro ó con el plomo.
D. PABLO. Pues sea: pero esta noche,
que es un siglo cada instante.
TORRENT. Pues adelante.
D. PABLO. ¡Adelante!
(Dirigiéndose á D. Andrés.)
A tu quinta y en tu coche.
TORRENT. Vamos.
D. PABLO. ¡Y yo te prometo,
aunque á muerte te provoco,
matarte muy poco á poco
para arrancarte el secreto!
D. ANDR. ¡Pablo, tu enojo refrena!
MARÍA. (Desde fuera.) ¡Soltadme!... ¡soltadme!...
(Entrando en escena.) ¡Padre!
D. PABLO. Tú, María, con tu madre.

MARÍA. (Corriendo hácia su madre al verla.)
¡Madre, madre!

D. PABLO. (Con acento de horrible duda y de desesperacion.)
¡Magdalena!

(D. Andrés y Torrente se dirigen al fondo: D. Pablo les sigue, pero se vuelve para pronunciar la última palabra. Magdalena desmayada en la butaca. A sus piés y abrazándola María.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena representa una habitacion de paso de la casa de campo de D. Andrés. A la izquierda, primer término, una puerta que conduce al cuarto que ocupa D. Pablo: en segundo término otra puerta, la del cuarto que ocupa Nebreda.—A la derecha, primer término, otra tercera puerta, la de la habitacion de Torrente: desde ésta hasta el corredor del fondo un lienzo de pared seguido.—En el fondo, y hácia la derecha, una gran ventana con hojas de cristal: en este mismo lado aparece la entrada de un corredor que conduce á las habitaciones de la casa. Tambien en el fondo, pero á la izquierda, una puerta que comunica con otro corredor: por esta puerta se ve un trofeo de escopetas, cuchillos de monte, etc. Entre la puerta del fondo y la ventana una mesa de pino, y encima una vírgen de la Merced alumbrada por una pequeña lámpara, ó por un farolillo, que tambien iluminará en parte la entrada de este lado del corredor.—A la derecha, contra el muro y cerca de la puerta que corresponde á la habitacion de Torrente, otra mesa de pino, y encima una luz.—Algunas sillas de paja ó de madera. El aspecto general, más bien que el de una quinta, es el de una casa de campo.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRA, observando por la cerradura de la puerta de la izquierda; despues BERNARDO: ambos vestidos de luto.

BERNARD. ¿Qué estás haciendo?
LEANDRA. (Sin quitarse.) ¿Yo, padre?
Observando.
BERNARD. Mala maña.
Quítate al instante.
LEANDRA. (Separándose de la puerta y viniendo al centro.)
Bueno.
¿Qué he de hacer? Si usted lo manda...
pero están ahí dentro dos
de los cuatro.
BERNARD. ¿Y bien?

LEANDRA. Preparan
alguna cosa. No sé...
pero ha de ser cosa mala.
Escriben mucho, y aluego
disputan en voz muy baja.
Dijo don Andrés: «¡A muerte!»
y así, á la chita callanda,
dió una vuelta, y se limpió
de la mejilla una lágrima.
Despues... el otro... el que dicen
si es vizconde, con palabras
de arrope, y con voz de miel,
aunque es vinagre su cara,
dijo: «¿Quién duda que á muerte?»
¡Mire usted, padre, qué gracia!
BERNARD. Estás soñando.
LEANDRA. ¡Que no!
BERNARD. Estás soñando, muchacha.
LEANDRA. ¿A qué vienen los señores?
BERNARD. A irse mañana de caza.
LEANDRA. No, padre.
BERNARD. Digo que sí.
LEANDRA. ¿Con que á cazar?
BERNARD. Claro.
LEANDRA. ¡Vaya!
Llegó don Pablo esta noche
á Madrid, desde la Habana,
que está tan léjos, ¡tan léjos!
que dicen que no se acaba
nunca el camino; y en vez
de descansar en su cama,
¡qué es tan limpia!... yo la he visto:
¡y tan hermosa! ¡y tan blanda!
¿quiere usted que venga?... ¡Cá!
¿No reparó usté en la cara
de don Pablo?
BERNARD. La de siempre.
LEANDRA. La de nunca. ¡Vírgen santa,
qué palidez! ¡Si es un muerto!
BERNARD. Digo que sueñas, Leandra.
LEANDRA. Yo no salgo de mis trece:

algo malo nos aguarda.
Hace poco aulló el pachon,
despues aulló la pintada,
y se apagó por dos veces
la luz de esa Vírgen santa.

BERNARD. El viento fué.

LEANDRA. Fingen ser
á veces viento las ánimas:
¿pues esto no lo sé yo?
¿Acaso soy tan negada,
que ignore estas cosas, padre,
tan sencillas y tan claras?
Todo en el mundo se anuncia,
y estos anuncios me espantan.
Esos hombres á matarse
han venido: lo jurara.

BERNARD. Y yo digo que á cazar.

LEANDRA. Entónces, ¿á cuándo aguardan
para traer escopetas
y lo demás que hace falta?

BERNARD. (Señalando hácia el corredor de la izquierda.)
Pues ¿no está ya todo listo,
colgado como Dios manda?

LEANDRA. Esas son de los monteros.
(Se aproxima á su padre con terror supersticioso al oir que suena la campana de la puerta principal.)
¿Escuchó usted?... ¡La campana!

BERNARD. ¡Gente viene!

LEANDRA. No abra, padre.

BERNARD. Pregunta quién es, Leandra.

LEANDRA. ¡Ir yo sola!... El corredor
está tan negro...

BERNARD. Muchacha,
desde que murió tu madre,
pienso que el juicio te falta.
Iré yo.
(Vuelve á sonar la campana.)
¡Despacio! ¡Voy!
(Gritando por la ventana.)

LEANDRA. Cuidado, padre.

BERNARD. (Sale por la izquierda.) ¡Ya escampa!

ESCENA II.

LEANDRA, sola.

¿Quién será? ¿Quién venir puede?
Lo que es llamar... fuerte llama.
(Se aproxima á la puerta de la derecha y mira por el ojo de la cerradura.)
Allí está el otro. El más jóven.
¡Es un lucero su cara!
Pero tambien está triste.
Y está escribiendo.
(Separándose de la puerta y aproximándose algo á la ventana.)
¡Caramba!
Nunca ví yo cacería
que de este modo empezara.
Y ¡qué negra está la noche!
Son las dos de la mañana
lo ménos. (Asomándose.)
Toma: han venido
en un coche los que acaban
de llegar. Pues ya se acercan. (Escuchando.)
Vivir para ver, Leandra.

ESCENA III.

MAGDALENA.—MARÍA.—LEANDRA.—BERNARDO.

(Bernardo con una luz que se supone que tomó en el portal. Las dos primeras, y Bernardo precediéndolas, por el corredor de la izquierda. María vuelve con frecuencia la cabeza hácia atrás; despues se acerca como asustada á su madre.)

MARÍA. ¿No viste, madre, en lo oscuro
el brillo de unos aceros?
LEANDRA. No tema; de los monteros

las armas son, que en el muro
las suspenden.

MAGDAL. (Procurando calmarla.) ¡Hija mia!

MARÍA. ¿Dónde está mi padre?

LEANDRA. (Señalando hácia la izquierda, primer término.)
Allí.

MARÍA. Pues vamos á verle.

(Se adelanta hácia la habitacion que Leandra ha indicado. Su madre la alcanza y la contiene: ambas quedan en primer término hácia la izquierda. Bernardo y Leandra juntos á la derecha, primer término, y separados de aquéllas.)

MAGDAL. Sí;
pero más tarde, María.
Yo sus plantas besaré,
yo rogaré á su enemigo;
y en fin, si nada consigo
de los dos... te llamaré.

MARÍA. Pero ese hombre, díme madre,
¿por qué nos odia y nos hiere?
Explícame, ¿por qué quiere
la muerte dar á mi padre?

(Magdalena se aparta de su hija volviendo el rostro. María la sigue é insiste.)

MAGDAL. No es posible que te explique...
ni tú comprendieras nada.

MARÍA. ¿Quién creyera madre amada,
tanta maldad en Enrique?

(Magdalena huye de nuevo de su hija; ésta queda pensativa y confusa. En su infantil inocencia nada comprende; pero extrañas ideas, que aún no tienen forma, pasan por su imaginacion, y al mismo tiempo la iluminan y la oscurecen. Se acerca á su madre.)

¡Madre de mi corazon,
cosas tan extrañas veo,
que algunas veces yo creo
que me falta la razon!

(Pasando la mano por los ojos como para separar alguna vision molesta. De repente, como obedeciendo á una nueva idea, siniestro relámpago de la verdad, se dirige á su madre con la imperiosa curiosidad de los niños, pero con singular acento.)

¿Mi padre no está enojado

contigo? Dí, ¿no es verdad?

MAGDAL. (Aterrada.) ¿Qué dices?

MARÍA. ¡No; por piedad!

MAGDAL. (Acercándose á su hija con ansiedad, cogiéndole las manos y mirándola muy de cerca.)

¡Habla pronto! ¿Qué has pensado?

MARÍA. (Con verdadera inocencia.)

¿Yo pensar? Nada.

MAGDAL. ¡María!

MARÍA. Te juro que nada, madre.

(Magdalena la mira fijamente como para leer en los ojos de María si la engaña. Aquella mirada es tan singular, que otra vez siente la niña indefinibles sospechas.)

Pero... ¿te quiere mi padre
tanto como te queria?

MAGDAL. (Sin poder dominarse.)

¿Por qué me preguntas eso?

MARÍA. Porque gritó «¡Magdalena!»
con tal angustia y tal pena...
y se fué sin darte un beso.

(Aquí María es de nuevo la niña, y hay tal ingenuidad en su respuesta, que las dudas de Magdalena desaparecen.)

MAGDAL. En sus furores, advierte
que el hombre lo olvida todo,
y sólo piensa en el modo
de dar... ó recibir muerte.

MARÍA. ¡Pero tú lo impidirás,
ó no tienes corazon!
¡Es, madre, tu obligacion! (Con dureza.)
¿No se batirán?

MAGDAL. ¡Jamás!

(María no sospecha la verdad, y sin embargo habla á su madre con imperio, y como si la pidiera cuenta de la vida de su padre. Magdalena así por lo ménos lo comprende.—Pausa.)

MARÍA. Si ese hombre su vida trunca...
Ver á mi padre, Dios mio,
mudo... inerte... yerto... frio...
¡y despues no verle nunca!

(Rompe á llorar: Magdalena la abraza, la besa, le seca los ojos con su propio pañuelo y procura calmarla.)

MAGDAL. ¡No llores... no llores... calma!
(Llorando ella misma.)
¡A todo estoy decidida!
¡Por Pablo daré mi vida!
(Aparte.) Y si es preciso, mi alma.

(Esta escena entre la madre y la hija, que es de suyo muy delicada, y en que los movimientos, las actitudes, las miradas, las intenciones son más y deben decir más que los versos, la entrega por completo el autor á la inspiracion y al talento de las actrices.)

LEANDRA. ¿Las ve usted, padre, llorar?
Lo que dije no discrepa
ni tanto así...

MAGDAL. (Llevándose á su hija hácia el corredor de la derecha, y dirigiéndose al pasar á Bernardo.)
Nadie sepa
que llegamos.

BERNARD. (Como dando seguridades de discrecion.)
No hay que hablar.

MAGDAL. (A María con dulzura.)
Ahora ven, que necesita
tu espíritu algun reposo.

LEANDRA. (Aparte, y mirando de cerca á María con curiosidad.)
¡Qué semblante tan hermoso!
(Alto y con cariño.)
¡No llore usted, señorita!

(Magdalena, María, y Bernardo llevándose la luz con que entró últimamente, salen por el corredor de la derecha.)

ESCENA IV.

D. PABLO.—LEANDRA.

(D. Pablo sale por la izquierda, primer término, triste y pensativo.)

LEANDRA. (Aparte y observándole.)
¡Y querrán decir despues!...
No hay desatino mayor.

D. PABLO. (Volviéndose.) ¿Quién está?
LEANDRA. Soy yo, señor.
D. PABLO. Di que venga á don Andrés.
(Leandra sale por la izquierda, segundo término.)

ESCENA V.

D. PABLO.

Llanto siento en mi mejilla,
y tinieblas en mi mente.
¡Aquí dentro fuego hirviente!
(Se oprime el pecho con ambas manos.)
¡Qué noche! ¡Qué pesadilla! (Pausa.)
En mi alma, ¡qué lobreguez!
¿A qué vine? No me acuerdo...
Era una idea... y la pierdo...
¡No! ¡Ya la tengo otra vez!
Yo le mato; ya se sabe:
es cosa resuelta ya.
Mas su muerte no me da
de este misterio la clave.
Antes he de hablarle á solas
y arrancarle su secreto:
despues... despues yo prometo
de su sangre en rojas olas,
ó sus traiciones hundir,
ó mis afrentas lavar.
¡Primero tiene que hablar!
¡Luégo tiene que morir! (Pausa.)
Porque hay misterio y profundo:
Magdalena es inocente:
que á veces se encuentra gente
mala, muy mala, en el mundo

ESCENA VI.

D. PABLO.—D. ANDRÉS.

(Leandra viene detrás de D. Andrés por la segunda puerta de la izquierda: pasa sin detenerse, aunque dirigiendo alguna mirada, y sale por el corredor de la derecha.)

D. ANDR. Pablo...
D. PABLO. Dí ¿concluiste el acta
del duelo?
D. ANDR. Concluida está.
D. PABLO. ¿Como yo dije?
D. ANDR. Será
como tú dijiste. Exacta
y en regla; yo te lo fio.
D. PABLO. Pues bien; avisa á Torrente.
(D. Andrés le mira con asombro y permanece inmóvil como si no hubiera comprendido.)
He de verle.
D. ANDR. ¡Estás demente!
Allí donde el desafío
deba ser, has de encontrar
á tu adversario mañana:
ántes no.
D. PABLO. Precaucion vana:
ántes le tengo que hablar.
D. ANDR. ¿Para qué?
D. PABLO. Para arrancarle
su secreto.
D. ANDR. No ha de ser.
D. PABLO. Te digo que le he de ver:
te digo que he de obligarle
por mi mano.
D. ANDR. ¡Fuera mengua!
Quien es cual tú caballero,
cuando ha de hablar el acero,
hace enmudecer la lengua.
¿Es natural que le arguya
quien darle la muerte ansía?

D. PABLO. Pues enmudezca la mia,
pero hable claro la suya.
(Con violencia.)
Su vida á mí, ¿qué me importa?
¿ni qué me importa su muerte?
Quiero saber de qué suerte,
por qué infamia, que no aborta
el infierno otra mayor,
de mi esposa idolatrada
miro la frente manchada,
con mancha de deshonor.
Y yo sé que no es verdad...
(Se acerca á D. Andrés y le mira fijamente, procurando adivinar su pensamiento.)
¿Tú lo dudas por ventura?

D. ANDR. (Procurando dominar su confusion.)
Yo... ¡dudarlo! ¡Qué locura!

D. PABLO. Pues comprende mi ansiedad.
En su red, negra traicion
me la tiene aprisionada;
pero mi esposa es honrada;
me lo dice el corazon.
(Aparte y mirando hácia el cuarto de Torrente, miéntras D. Andrés algo turbado vuelve la vista á otra parte.)
¡Y no quiere en su egoismo
que yo le vaya á buscar!
¡Aunque hubiera de pasar
por encima de un abismo!

ESCENA VII.

D. PABLO.—D. ANDRÉS.—MAGDALENA.—LEANDRA.

(Las dos últimas por el corredor de la derecha recatándose.)

LEANDRA. (A Magdalena en voz baja.)
¿Fué mi pensamiento bobo?
Venga, venga sin temor,
que está oscuro el corredor

como la boca del lobo.
¿Los vé usted, señora, allí?
Si yo comprendí al momento...

D. ANDR. ¿A ese loco pensamiento
renuncias?

(Pausa.)

D. PABLO. (Aparte.) Diré que sí
porque no vigile.
(En voz alta y como vacilando.)
Andrés...
¡tanto insistes en que ceda!...
(Aparte.) A su cuarto en cuanto pueda,
y á su corazon despues.

MAGDAL. (Aparte.) Si confieso, ¿qué consigo?
¿qué evito si no confieso?
Si callo, ¡que horrible peso!
y si pregunta, ¿qué digo?

D. ANDR. Y ahora ¡descansa por Dios!
No ignoras lo que es Torrente.
(Aparte.) ¡Ay! ¡Cuando estén frente á frente
con dos aceros los dos!

(D. Pablo hace un gesto de desden. Magdalena se adelanta con angustia. Leandra poco á poco se retira.)

MAGDAL. (Aparte.) Es verdad. ¿Quién la ira enfrena
de Torrente?

(Sigue avanzando como atraida por su esposo. D. Pablo y D. Andrés hablan en voz baja.)

¡Pablo mio!...
¡Verle mudo... yerto... frio...

(Avanzando, sin poder contenerse y con los brazos abiertos.)

¡Pablo! ¡Pablo!

D. PABLO. (Volviéndose al oir la voz de su esposa y corriendo á su encuentro.)

¡Magdalena!

(Se abrazan apasionadamente.—Pausa.—Desaparece Leandra.)

ESCENA VIII.

MAGDALENA.—D. PABLO.—D. ANDRÉS.

D. PABLO. ¿A qué vienes?
MAGDAL. A morir,
si es que tú buscas la muerte.
D. PABLO. (La acerca á si y la contempla con afan y pasion.)
¡Has hecho bien! ¡Quiero verte!
¡Has hecho bien en venir!
(Mirándola de nuevo con suprema confianza y dirigiéndose á D. Andrés.)
Esta frente tersa y pura
mira sin ruines enojos;
mira el azul de estos ojos;
mira de cuánta ternura
su ancha pupila está llena,
y dime al fin sin recelo
¡si no es ofender al cielo,
dudar de mi Magdalena!
(Nueva pausa, en que D. Pablo contempla con transporte á su esposa. Esta, sufriendo horriblemente ante aquella inmensa confianza y queriendo terminar tan dolorosa escena, se separa con dulzura de los brazos de D. Pablo y se aproxima á don Andrés.)
MAGDAL. Arriba está mi María...
he tenido que dejarla...
suba, padre, á consolarla...
D. PABLO. Sube, Andrés.
D. ANDR. ¡Pobre hija mia!
(Se dirige lentamente hácia el corredor de la derecha. D. Pablo y Magdalena en el centro y en primer término.)
D. PABLO. (En voz baja á Magdalena, cogiéndole la mano y mirándola con pasion.)
Se fué ya.
MAGDAL. (Volviéndose y mirando á D. Andrés, que poco á poco se acerca á la salida.)
Aún no ha llegado.

D. ANDR. (Aparte.) ¡A la evidencia se niega!
D. PABLO. Se fué.
MAGDAL. (Volviéndose á mirar á D. Andrés.)
No; pero ya llega.
(D. Andrés sale.)
D. PABLO. ¡Al fin te tengo á mi lado!

ESCENA IX.

MAGDALENA.—D. PABLO.

D. PABLO. ¡Al fin podemos estar
solos! ¡Solos, vida mia!
MAGDAL. ¡Ay, Pablo!
D. PABLO. ¡Con qué alegría
tornaba anoche á mi hogar!
Sólo pensaba, ¡ay de mí!
llegar y verte... Y al verte,
pensé sólo en darte muerte.
¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?
MAGDAL. Sí.
D. PABLO. Yo tambien, y me estremezco.
MAGDAL. ¡Pablo! ¡Pablo! (Separándose de él.)
D. PABLO. No te enojes.
De tu lado no me arrojes.
MAGDAL. (Acercándose.) No, Pablo.
D. PABLO. No lo merezco.
Si al llegar se apoderaron
dudas infames de mí,
tan pronto como te ví
mis dudas se disiparon.
Me cogieron á traicion;
mas al verlas en mi seno,
arrojé su ruin veneno
con suprema indignacion.
¡Tú, el encanto de mi hogar!
¡Tú, su calma y alegría!
¡Tú, la madre de María!
¡Tú, á quien sólo supe amar!
¡Pensar que tú me envileces!

MAGDAL. No, Pablo.
D. PABLO. No: ya lo sé.
MAGDAL. Si lo piensas, mátame.
D. PABLO. ¡Si digo que no mil veces!
MAGDAL. Mi vida diera por tí.
Créeme.
D. PABLO. Si no te creyera,
¿presumes tú que viviera?
MAGDAL. Pues bien; no dudes de mí.
D. PABLO. No dudo: tu fé me ampara.
Es que en mi ciego furor,
enloquezco de dolor
¡sólo al pensar si durara!
MAGDAL. (Aparte y separándose algo de D. Pablo.)
¡Cómo hay razon en la tierra,
cómo hay justicia en el cielo,
para negar su consuelo
al que tanto me ama y yerra!
¡Dónde hay valor tan extraño,
tan sin ejemplo y sin nombre,
que baste á decirle á este hombre:
te estoy mintiendo, te engaño!
¡Ni es un bien para los dos!
¡Ni en su justicia convengo!
¡Ni ese valor yo lo tengo,
y que me perdone Dios!
(Se oculta el rostro entre las manos con desesperacion.)
D. PABLO. No temas la ruin maldad:
enjuga el rostro lloroso.
Soy tu Pablo y soy tu esposo:
ven y dime la verdad.
(Atrayéndola á sí con cariño y con dulzura.)
MAGDAL. (Aparte.) ¿Qué hacer? ¡Yo me vuelvo loca!
¿Qué le digo, Dios clemente!
D. PABLO. Habla pronto; estoy pendiente,
Magdalena, de tu boca.
MAGDAL. (Sin saber lo que dice, buscando lugares comunes y frases vagas para ganar tiempo: todo ello con expresion de horrible angustia.)
Quisieron... ¡Cielo divino!

arrastrarme... por el lodo.

D. PABLO. Si casi lo sé yo todo:
si yo todo lo adivino:
¡si ha sido un infame ardid!
Como éramos tan felices,
nos envidiaban.

MAGDAL. Bien dices.
¡Todo era envidia Madrid!

D. PABLO. ¡Así es el mundo!

MAGDAL. Ahí verás.

D. PABLO. Odia la ajena alegría.

MAGDAL. Segun parece, ofendia
nuestra dicha á los demás.

D. PABLO. ¡Bien dije yo! Ven aquí.
Tu pecho contra mi pecho,
y mis brazos nudo estrecho
de tu cuerpo.

(La atrae de nuevo á sí: la pasa el brazo por la cintura, la oprime contra su corazon y la mira apasionadamente.)

Y ahora dí.

(Pausa. D. Pablo espera, mirando siempre á su esposa, que ésta hable. Lo que exprese Magdalena queda encomendado al talento de la actriz.)

MAGDAL. Mira... si te hice traicion,
¡que á mis piés se abra un abismo!
¡Que en este momento mismo
se rompa mi corazon!

D. PABLO. ¡Calla!

MAGDAL. ¡Si lo he de decir!

D. PABLO. Si sé que no.

MAGDAL. ¡Si ha de ser!

D. PABLO. (Con sublime pasion.)
¡Si yo te quiero creer!

MAGDAL. (Con terrible desesperacion, y arrancándose de los brazos de D. Pablo.)
¡Y si yo quiero morir!
(Abrazándola de nuevo y de nuevo oprimiéndola contra su pecho.)

D. PABLO. ¡Tú morir! ¡No!

MAGDAL. ¡Por piedad!

D. PABLO. ¡Tú morir! ¡Estás demente!

¿Por qué? ¡si eres inocente!
¡Vamos... pronto... la verdad!
Dí quién tu letra fingió,
ó quién te obligó á escribir:
cómo pudo él conseguir,
¡por que esto lo he visto yo!
á su poder someterte,
y en mi propia casa entrar.
Vamos... vamos... ¡si has de hablar!

MAGDAL. ¡Para cuándo aguardas, muerte!

(A medida que habla D. Pablo, va creciendo en él la duda, y su acento es más duro y más imperioso.)

D. PABLO. ¡Magdalena!
MAGDAL. (Aparte.) ¡Vírgen mia!
D. PABLO. Yo quiero saberlo todo.
MARÍA. (Desde léjos.) ¡Madre!
D. PABLO. ¡Saber de qué modo!...
MAGDAL. Escucha...
MARÍA. (Dentro.) ¡Madre!
MAGDAL. ¡María!

(Magdalena hace un movimiento para marcharse: don Pablo la detiene.)

D. PABLO. ¿A dónde vas!
MAGDAL. ¿No escuchaste?
¡La oprime mortal delirio!
(El mismo juego escénico que ántes.)
D. PABLO. ¡No mayor que mi martirio!
¡Acaba!... ¡que no acabaste!...
(Con violencia.)
MAGDAL. Pronto... pronto volveré.
D. PABLO. Me engañas.
MAGDAL. ¡Dudas de mí!
D. PABLO. (Con voz sombría y separándose de Magdalena. Todas estas indicaciones sin perjuicio de la inspiracion del actor.)

No lo sé... pienso que sí.
MARÍA. (Siempre dentro.) ¡Madre!
MAGDAL. ¡Me llama! vendré...

(Hace un movimiento para salir, pero D. Pablo la coge por un brazo y la detiene.)

D. PABLO. No te vas. ¡No!
MAGDAL. ¡Pablo amado!
D. PABLO. A perderte no me expongo.
MAGDAL. Es la pena que te impongo,
Pablo, por haber dudado.

(Llevándole poco á poco hácia la izquierda, primer término; hablándole en tono dulce y persuasivo, y con esa innata coquetería de que no prescinde la mujer ni en los momentos más trágicos.)

D. PABLO. Sé bien que no volverás.
MAGDAL. Te juro que volveré.
D. PABLO. Y dí, ¿todo lo sabré?
MAGDAL. Todo... todo lo sabrás.

(Llevándole siempre hácia la izquierda, y procurando desprenderse de D. Pablo: éste se deja llevar, pero no la suelta.)

D. PABLO. ¿Y ahora no? ¿Por qué razon?
MAGDAL. ¡Quieres hacerme morir!
D. PABLO. ¿Es tan difícil decir
la verdad de una traicion?
¡Es tan difícil!
MAGDAL. No sé.
D. PABLO. ¡Esto mi cólera enciende!
en el traidor, se comprende;
en la víctima, ¿por qué?
MAGDAL. ¿Por qué?... ¡Por qué!... ¡Vírgen mia!...
D. PABLO. (Con violencia extrema.)
Sí; ¿por qué quieres callar?

(Magdalena en el límite de la desesperacion, y acercándose á él mucho.)

MAGDAL. Si no me dejas buscar
en los brazos de María
el valor que ahora me falta;
si me hostiga tu delirio;
si este terrible martirio
sigue creciendo, y exalta
mi extraviada fantasía,
los autores de este plan
horrible, conseguirán
tu perdicion y la mia.
Porque entónces... ¡hablaré!
¡mas será para acusarme!...

(D. Pablo separándose de ella y retrocediendo hácia la izquierda.)

D. PABLO. ¡Calla!
MAGDAL. ¡Para declararme
liviana!
D. PABLO. ¡Calla!
MAGDAL. ¡Y sin fé!
Para decirte...

(Pablo retrocediendo siempre hácia su cuarto y tapándose los oidos con horror.)

D. PABLO. ¡Por Dios!
MAGDAL. ¡Que de un amor criminal
se alza la sombra fatal
para siempre entre los dos!

(Como en todas estas frases Magdalena dice la verdad, su acento es enérgico y terrible. A medida que habla avanza sobre D. Pablo, que segun queda dicho, retrocede hácia la izquierda. Al oir las últimas palabras de su esposa se precipita sobre ella ciego de ira. Magdalena le espera y áun le provoca. D. Pablo se contiene.—Pausa.)

D. PABLO. (Rechazándola.) ¡Véte! Ceso en mi porfía.
Si lo que dices dijeras,
no, Magdalena, no vieras
la lumbre del nuevo dia.
Adios.
MAGDAL. Adios... volveré.

(Pablo se dirige á su cuarto. Magdalena hácia la derecha, pero sin dejar de mirarle. En este momento se presenta por la derecha, primer término, Torrente con una luz y una carta: al ver á Pablo y Magdalena se detiene, apaga la luz, la deja dentro y queda observando desde la puerta.)

D. PABLO. Sube, sube á consolarla.
(Aparte.) Para matarle y matarla
tengo tiempo. Esperaré.

(Magdalena vuelve hácia Pablo, le coge la mano y la besa con pasion. Pablo se separa de ella con violencia, entra en su cuarto y lo cierra.)

ESCENA X.

MAGDALENA, TORRENTE.

(Magdalena se apoya desfallecida en la pared. Torrente sale de su cuarto por completo, arroja la carta sobre la mesa y queda inmóvil contemplando á Magdalena. Siempre en la mesa de pino una luz encendida; la misma que al empezar el acto.)

MAGDAL. ¡Al fin! Al fin! ¡Calma! ¡Calma!
(Pausa.)
Busquemos algun camino.
(Nueva pausa.)
Es lo único que imagino.
(Otra pausa.)
¿Por qué no? Sí: con el alma
pido á Torrente piedad:
hago que al punto que se aleje:
despues... despues que nos deje
digo á Pablo la verdad:
sufro yo sola la pena:
salvo de Pablo la vida...
Valor: ya estoy decidida.
¿Dónde hallarle?

TORRENT. (Desde la misma puerta de la derecha para que se vea con claridad, que es la de su habitacion.)
¡Magdalena!
(Magdalena se vuelve al oir su voz. Él cierra como obedeciendo á un movimiento maquinal la puerta de su cuarto, y despues viene al centro. Magdalena se acerca á él.)
¿Le amas mucho?
(Señalando al cuarto de D. Pablo.)

MAGDAL. De tal suerte,
que por él mi vida diera.

TORRENT. ¿Y á mí, me amas?

MAGDAL. ¡De manera,
que la diera por tu muerte!
(Con violencia.—Pausa.)

TORRENT. ¿Te pesa mi vida?

MAGDAL. Sí.

TORRENT. ¿Te pesa mi amor?
MAGDAL. Tambien.
TORRENT. Toma mi vida. Mas ¿quién
matará mi amor aquí?
(Apoyando la mano en el pecho.)
MAGDAL. Mi voluntad, tu conciencia,
y el amor que por él siento.
TORRENT. Mi llanto le dará aliento,
y áun esperanzas SU AUSENCIA.
(Con tono sombrío señalando al cuarto de D. Pablo.)
MAGDAL. (Comprendiendo pero sin querer comprender la ausencia á que Torrente se refiere.)
Ausencia triste y amarga
que para siempre acabó.
TORRENT. Pues con otra cuento yo
más larga; mucho más larga.
(Acercándose á Magdalena y hablándole en voz baja, que luégo crece á medida que crece su cólera.)
Y de esa no volverá;
ni aquel beso que yo ví
¡y el infierno comprendí!
con otro te pagará.
Si hoy tu labio le besó,
en el fondo de la fosa
podrá besar la ancha losa,
pero á Magdalena, nó. (Con satánica pasion.)
MAGDAL. ¡Muerte darle!
TORRENT. (Con frio sarcasmo.) ¡Así parece!
MAGDAL. ¡A Pablo! ¡Mañana!
TORRENT. Hoy mismo.
(Extendiendo el brazo hácia la ventana.)
que en el fondo de ese abismo,
ó de ese cielo, amanece.
MAGDAL. (Suplicando.) ¡Nó es posible! Penas hartas
por tu amor sufrí en secreto.
TORRENT. Yo cumplo lo que prometo.
Mira si le dí tus cartas.
MAGDAL. (En voz alta hablando consigo misma.)
¿No habrá modo de atajarle?
¿Ha de ser inútil todo?
TORRENT. Sí, Magdalena, hay un modo.

MAGDAL. ¿De salvarle!
TORRENT. ¡De salvarle!
MAGDAL. ¿Cuál?
TORRENT. (Acercándose á ella en voz baja y con acento apasionado.)
¡Que huyamos! ¡Por tu amor
su vida! ¿Aceptas?
MAGDAL. ¡Jamás!
TORRENT. Otro medio no hallarás.
MAGDAL. Quizá me inspire el dolor.
(Pausa.—Magdalena queda abismada en su desesperacion. Torrente la contempla en silencio.)
¿Y piensas que ha de escoger
la muerte, entre el inocente,
que es mi esposo, y tú, Torrente,
á Pablo? ¡No puede ser!
Si él tan noble, si él tan puro,
hoy perdiera la existencia,
y tú y yo, cuya conciencia
empaña un amor impuro
y una torpe pasion vicia,
le pudiéramos burlar,
¿no era cosa de dudar
de la divina justicia?
TORRENT. (Con ironía: con toda la ironía que permita la prudencia.)
Si la justicia de allí
del inocente es broquel,
¿á qué te afliges por él?
¿á qué me ruegas á mí?
MAGDAL. Porque una voz homicida
oigo resonar do quiera;
porque no quiero que muera,
y tiemblo, ¡ay, Dios! por su vida.
TORRENT. (Como ántes.) De su causa la razon
la vida le salvará.
MAGDAL. No, Torrente, morirá:
¡me lo dice el corazon!
Si en este mísero suelo
la virtud siempre triunfara,
¡qué quedára, qué quedára

para el Dios que está en el cielo!

TORRENT. ¿Confiesas, pues, que en mi mano
la vida está de tu esposo?

MAGDAL. Lo confieso, y generoso
te quiero ver, que no en vano
me juraste amor un dia.
(Suplicando.) Vete, Torrente.

TORRENT. (Triste y sombrío.) No puedo.

MAGDAL. ¡Por mí, Torrente.

TORRENT. No cedo,
Magdalena.

MAGDAL. ¡Por María!

TORRENT. Aunque escucharte quisiera
y mi pecho se ablandara,
aunque de aquí me alejara,
¿piensas tú que no volviera?

MAGDAL. ¡Por esta pobre mujer,
á quien tanto amor tuviste!
¡Por el llanto puro y triste
que esa niña ha de verter!

TORRENT. ¡Cuán grande fuera mi gozo
pudiendo escuchar tu ruego!

MAGDAL. ¡Mira, con mi llanto riego
tus plantas! ¿Ves? Sin rebozo
confieso que yo te amé
¡con un amor infinito!
A pesar de ser delito,
¡yo te adoraba!

TORRENT. (Contemplándola con pasion.) Lo sé.

MAGDAL. Pues bien; ¡cederás por mí!
¡Por mi angustia, por mi pena!
(Se arrodilla á sus piés y le coge las manos, mirándole fijamente.—Pausa.)
¿Qué dices?

TORRENT. ¿Qué? Magdalena,
que estás muy hermosa así. (1)

---

(1) Si se considera este verso demasiado peligroso para la representacion, puede sustituírsele este:

que no me ruegues así.

MAGDAL. (Se levanta con un rápido movimiento de disgusto y desesperacion.)
¿Y eso es todo?
TORRENT. Y que mañana,
de un hierro al armar mi mano,
aunque quiera ser humano,
si la memoria se afana
en evocarte y en verte,
como ahora mismo te veo,
(Con tono sombrío.)
contra todo mi deseo,
daré á tu esposo la muerte.
MAGDAL. ¡Te hablo por última vez!
¡Huye de esta casa!
TORRENT. No.
MAGDAL. ¡Yo te lo suplico! ¡Yo!
¡humillando mi altivez!
(Pausa.—Magdalena implora con la vista. Torrente vuelve la cabeza.)
¿Es decir que no hay remedio?
TORRENT. El que te dije no más.
MAGDAL. Ese, Torrente, jamás.
¿Quién sabe si habrá otro medio?
(Pausa.—Despues de meditar algunos momentos dice con nuevo arranque.)
¿Y confesándolo todo?
TORRENT. (Señalando al cuarto de D. Pablo.)
Luchara él con nuevo ardor,
al ver que andaba su honor
arrastrado por el lodo.
MAGDAL. ¿Y muriendo yo primero?
TORRENT. (Como ántes.) Por vengarte lucharia.
MAGDAL. Pero mi muerte...
TORRENT. Daria
nueva furia á nuestro acero.
MAGDAL. (Señalando al cuarto de D. Pablo.)
¿Y suplicándole?
TORRENT. No:
tu esposo no huye de mí.
MAGDAL. ¿Y suplicándote á tí?
TORRENT. Ya lo ves: no cedo yo.

MAGDAL. ¿Pues que voy hacer, Dios Santo?

(Oprimiéndose la cabeza entre las manos con desesperacion creciente ó haciendo otro movimiento que indique lo mismo.)

¿Y rogándole María? (Refiriéndose á D. Pablo.)

TORRENT. Ella tambien lloraría;
mas no borrara su llanto
lo que ha sido, Magdalena.
La lógica del delito,
ó de este amor infinito,
jamás rompe su cadena,
ni hay contra ella nadie fuerte:
yo robo á ese hombre su honor,
él me roba á mí tu amor:
¡decida entre ambos la muerte!
No me has de querer cobarde,
ni á él tampoco envilecido;
pues tú misma lo has querido,
mujer, te arrepientes tarde.
¡Uno sobra de los dos!
No luchamos por capricho.
¡Uno sobra!

(Pausa.—Magdalena le mira con expresion extraña. Este es el instante en que por vez primera toma cuerpo en su imaginacion una idea terrible, que más tarde realizará. Ya en escenas precedentes ha venido apareciendo esta misma idea; pero vaga, indecisa, flotando á merced del diálogo, por decirlo así. Se halla su orígen y su primera aparicion en la escena segunda, cuando exclama Magadalena: *Y si es preciso, mi alma.* Y en esta escena décima vuelve á tomar distintas formas. Aquellos versos: *¿Y tú me amas?—De manera que la diera por tu muerte;* despues cuando se pregunta: *¿No habrá medio de atajarle?* despues aún al decir: *Quizá me inspire el dolor;* y por último, cuando murmura pensativa y sombría: *Quién sabe si habrá otro medio,* todos estos versos son grados de un mismo pensamiento; pero Torrente es quien le da forma clara y precisa al exclamar: *¡Uno sobra!* Desde este momento ya no hay duda ni vaguedad. Magdalena sabe que hay un medio de evitar que Torrente dé muerte á su esposo, y sabe cuál es este medio. No está aún decidida, pero la siniestra idea ya está aferrada á su cerebro. Las circunstancias y su propio delirio harán el resto. Hé aquí por qué contesta á Torrente esta frase, á la que dará la actriz la entonacion que su talento le inspire.)

MAGDAL. ¡Tú lo has dicho!

(Se aleja lentamente, parándose algunas veces más para mirar á su amante.)

TORRENT. ¡Adios, Magdalena!

MAGDAL. ¡Adios!

(Sale por el corredor de la derecha.)

ESCENA XI.

TORRENTE.

No es tan sólo mi egoismo,
mujer, quien te hace llorar;
es que me siento rodar
hasta el fondo del abismo.

(Pausa.—Mirando á la habitacion de D. Pablo.)

Él viene... se acerca... Sí.

(Prestando oido: despues retrocede al segundo término, cogiendo ántes la carta que dejó sobre la mesa, y se dirige á la izquierda.)

¡Quién lo hubiera imaginado!
Yo, que jamás he temblado,
tiemblo al acercarse á mí.

(Golpeándose el pecho.)

¡Tú cobarde, corazon!

(Recobrando la calma.)

No merezco tal ultraje:
no es que me falte coraje,
es que me falta razon.
Mi destreza en cambio es harta;
no es posible que suceda...

(En este momento sale D Pablo, pero de espaldas á Torrente, y por lo tanto sin notar su presencia.—Torrente ha llegado ya á la puerta de la derecha, segundo término, y se detiene observando á su rival.)

¡Quién sabe! Daré á Nebreda
para mi madre esta carta. (Sale.)

ESCENA XII.

D. PABLO, mirando á su alrededor.

Nadie... Nadie... Pues creí
escuchar llantos... gemidos...
¡y su voz!... No en los oidos,
resuena dentro de mí.
(Pausa.)
Uno sólo de los dos
puede el misterio aclarar:
pues ella no quiere hablar,
él hablará ¡vive Dios!
Su odiosa presencia arrostro,
aunque suba un mar rugiente
de olas de sangre á mi frente,
de olas de fuego á mi rostro.
(Se aproxima á la puerta de la derecha y llama con la palma de la mano; viendo que nadie responde, llama en voz baja.)
¡Torrente! ¡Torrente! Quema
mi labio su nombre impuro.
(Pausa.)
¡Torrente!
(Llamando otra vez.—Pausa.—Empuja la puerta impaciente y mira al interior.)
Nadie. ¡Qué oscuro!
(Se detiene.—Pausa.)
En esta angustia suprema
no hay para atajarme modo,
ni hay de sujetarme medio;
busco á mi mal remedio
atropellando por todo.
Entro y le espero en la sombra,
pues en la sombra me hirió:
llega y me presento yo,
y si mi vista le asombra,
¡tanto mejor, vive Cristo!
De todos modos volver

imposible le ha de ser,
que ya nos habremos visto.
En acecho de mi honra
voy en la noche á esperar
si la luz que ha de llegar
es la luz de mi deshonra:
si es tan traidora mi suerte,
¡permita Dios que seais,
sombras que me provocais,
eternas sombras de muerte!

(Entra en el cuarto de Torrente y cierra la puerta.)

ESCENA XIII.

MAGDALENA.—MARÍA.—D. ANDRÉS.

(Magdalena delante de todos, como huyendo: el delirio se va apoderando de su razon.)

MARÍA. ¡Madre!

MAGDAL. (Parándose, rechazándola y viniendo despues al proscenio como si huyera de nuevo.)

¡No!... ¡Cielo divino!...
¡Todos me hostigan, me acosan!

(María y D. Andrés la siguen y se acercan á ella.)

MARÍA. ¡Madre, madre!

MAGDAL. ¡No reposan!
¡Gira y gira el torbellino!
¿Que le salve, no exigís?
Pues dejadme por piedad.
Cumplo vuestra voluntad;
hago lo que me pedís.
A salvarle vengo.

MARÍA. ¡Madre!

MAGDAL. ¡Me hiciste apurar las heces!
¡¡No has de decirme dos veces
que yo no quiero á tu padre!!

(Con horrible desesperacion. María se apoya lánguidamente en D. Andrés.)

Ya el oriente se arrebola.

Llévela usté pronto al lecho. (A D. Andrés.)

MARÍA. ¿Y tú?

(Magdalena separándose de ambos, dando unos pasos, mirando á su alrededor, y con una entonacion que sólo el talento de la actriz puede adivinar cuál sea.)

MAGDAL. Me quedo ¡¡¡EN ACECHO!!!

D. ANDR. ¿Qué intentas?

MAGDAL. Dejadme sola.

MARÍA. ¿Y vas á salvarle?

MAGDAL. Sí;
pero véte.

MARÍA. ¡Madre!

(Siempre separada de ellos, con la vista extraviada, con movimientos de fiera á quien se ha acorralado y que busca salida, y mirando algunas veces hácia los muros.)

MAGDAL. (Distraidamente.) ¡Adios!

D. ANDR. ¡Hija!... (Acercándose con cariño á Magdalena.)

MAGDAL. Dejadme los dos.
Idos.

MARÍA. (Acercándose á ella.) ¡Madre!

MAGDAL. (Sin acercarse á su hija, con voz dura y resuelta, y extendiendo el brazo para indicar el corredor de la derecha. Salen María y D. Andrés.)

¡Por allí.

ESCENA XIV.

MAGDALENA.

(En la escena poca luz. La del farolillo de la Vírgen y la de la mesa de pino no más. El viento de la madrugada abre por completo las dos hojas de la ventana: en el fondo se ve una ligera ráfaga rojiza.)

¡Al fin! (Pausa.)
¡Silencio profundo! (Nueva pausa.)
¡Y el miserable decia
que para Pablo no habia
ya salvacion en el mundo!
¿No hay salvacion? Lo he de ver.
Con el mal se ataja el mal:

¡fuí por amor criminal,
voy á serlo por deber!

(Acercándose paso á paso al cuarto de Torrente.)

Está cerrada la puerta.

(Apagando la luz que está sobre la mesa de pino, retirándose con precaucion, deteniéndose en el centro del escenario y temblando de frio y de horror.)

El viento de la mañana
penetra por la ventana,
y casi me deja yerta:
viento que sube del rio
el agua en agujas mil. (Pausa.)
Pero hay algo más sutil,
y más *agudo* y más frio. (Nueva pausa.)
Bien lo recuerdo: al entrar,
brillaba un hierro en el muro:
lo demás estaba oscuro...
Si lo pudiera encontrar...

(Vuelve á mirar á su alrededor y camina con los brazos extendidos, como buscando algo por el espacio. Al fin llega á la pared de la derecha, y pasando las manos por ella, marcha hasta el corredor.)

No era aquí... No brilla nada.

(Asomándose con precaucion al corredor de la derecha.)

Tampoco por este lado.

(Pasando al muro del frente: de este modo llega á la ventana.)

¡Allá sí! (Pausa.) Tras el vallado
las tintas de la alborada.
¡Cómo se mueven las hojas,
y cómo tiemblo de frio!

(Se agarra al marco de una de las vidrieras para no caer: se ve en el cristal el rostro, y retrocede espantada.)

¡Qué pálida estoy, Dios mio!
¡Y aquellas nubes qué rojas!

(Acercándose hácia el corredor de la izquierda. Despues se detiene para coordinar sus ideas.)

El más puro de los séres
lo ha dicho... No se me olvida:
«Si no le salvas la vida,

es, madre, que no le quieres.»
¡Que no le quiero! ¡Insensata!
¿No estás viendo el ansia fiera
con que busco algo que hiera?
Y ¿no ha de querer quién mata?
(Avanzando hácia el corredor de la izquierda.)
¡No digas que no le quiero!
¡no pienses que le mancillo!
¡Pronto... pronto!... Ese cuchillo.
(Extendiendo los brazos como si al fin viera algo, y entrando vacilante en el corredor para cogerlo.)
Sombras y luz: ¡un acero!
(Se precipita sobre el trofeo que está á la vista del público y coge un cuchillo de monte.)
Bien dije que estaba aquí.
Ya lo tengo en mi poder.
(Se detiene un momento y como procurando recordar.)
Él lo quiso, y ha de ser.
Salvar á mi Pablo; sí.
(Avanza apretando el cuchillo de monte contra el pecho, se pisa el vestido y está á punto de caer.)
¡Mal haya por mi torpeza!
(Sigue avanzando: se detiene de nuevo y se oprime el pecho con ambas manos.)
¡Mal haya por tus latidos!
¡Algo zumba en mis oidos,
algo hierve en mi cabeza!
(Llega á la puerta de la habitacion de Torrente, abre un poco y mira.)
Le adivino por fortuna.
¡Ay, le tuve tanto amor!
Y bien, ¿qué importa? ¡Mejor!
(Ultimo grito de la pasion.)
Así no amará á ninguna.
¡Todo negro, y él allí!
¡Pronto, que acercarse quiere!
(Adelantando el puñal y apartando de él la vista con horror.)
¡Hierro, hiere, hiere, hiere...
y no te ocupes de mí!
(Entrando precipitadamente.)

ESCENA XV.

MAGDALENA, D. PABLO, despues TORRENTE.

(Magdalena entra en el mismo momento en que va á salir D. Pablo. A éste no se le vé aún, pero aquélla no desaparece por completo de la vista del espectador; aún se vé flotar su vestido negro cuando se supone que clava el cuchillo á su esposo.)

MAGDAL. ¡Sufre, villano, tu pena! (Desde dentro.)
D. PABLO. Muerto soy. (Dando un grito.)

MAGDAL. (Sale de espaldas con el puñal en la mano, y retrocede hácia la izquierda, pero sin apartar la vista de la puerta.)

¡Qué voz me grita!

(D. Pablo aparece en la puerta y en ella se detiene, pálido, descompuesto, con la descomposicion de la muerte; una de sus manos oprime el pecho convulsivamente, la otra pugna por apartar sombras de sus ojos. Todo esto dejando á salvo la inspiracion del actor.)

D. PABLO. ¡Qué pesadilla me agita!
MAGDAL. (Siempre á la izquierda con el cuchillo en la mano. D. Pablo en la misma puerta: la escena casi á oscuras, sin más luz qne la del farolillo de la Vírgen.)

¡¡Pablo!! ¡¡Pablo!!
D. PABLO. ¡¡Magdalena!!

(Da algunos pasos queriendo acercarse á su esposa, y se apoya para no caer en un sillon.)

MAGDAL. ¡Socorro!... ¡Andrés!... ¡Vírgen mia!
¡Socorro!... ¿Quién eres? ¿Quién?...
¡No eres Pablo! ¡Pablo, ven!...
¡Líbrame de esta agonía!

(En este momento se presenta Torrente por la izquierda. Al verle da un grito Magdalena como si viese un espectro.)

¡Miente mi vista!
D. PABLO. No miente.
TORRENT. (A Magdalena.) ¡Tú fuiste!
D. PABLO. (Idem.) ¡Tú fuiste!
MAGDAL. ¡Yo!

D. PABLO. (Acercándose al centro del proscenio.)
¡A mí! ¿Por tu mano?
(Hace un esfuerzo para seguir: tiende los brazos hácia Magdalena, y cae al suelo incorporándose para mirarla.)

MAGDAL. (En voz baja y con cierto extravío.)
No;
¿á tí? ¡Jamás! ¡Fué á Torrente!

D. PABLO. ¿A Torrente?

MAGDAL. (Siempre de léjos, sin osar acercarse á D. Pablo, con voz reconcentrada.)
Te queria
matar mañana... No hallé
otro medio... ¡y le maté!
(Imitando autonómicamente el golpe.)
¿Y eras tú?
(Dice toda esta escena, salvo mejor inspiracion de la actriz, sin lágrimas, sin acento, con la sencillez trágica y la naturalidad horrible del esturpor ó del idiotismo.)

ESCENA XVI.

MAGDALENA, MARÍA, D. PABLO, TORRENTE, D. ANDRÉS.

(La situacion de los actores es la siguiente: En el centro, en tierra, D. Pablo; á la izquierda Magdalena con el cuchillo en la mano. Torrente junto á ella. En el fondo, sólo un instante, María y D. Andrés: despues los dos últimos, María delante, corren á D. Pablo y le incorporan y sostienen. María al llegar á donde está don Pablo y al oir la voz de su madre, la mira espantada y extiende el brazo hácia ella.)

MARÍA. ¡Padre!

MAGDAL. ¡María!

MARÍA. ¡Ella!

D. PABLO. (Atrayendo á sí á María é impidiéndole que hable.)
¡Pára el pensamiento!
¡No la mires de ese modo!
(A su hija señalando á Magdalena.)
Yo he de explicártelo... todo.

Fué desgracia... de un momento.
Ella... me arrancó... el puñal
que yo entre sueños cogí,
y que en el pecho me hundí.
Arroja... esa arma... fatal,

(A Magdalena. Ésta obedece maquinalmente.)

y ven á mis brazos... Ven.

(Magdalena, como atraida por la voz de D. Pablo, se aproxima á él, pero despues retrocede horrorizada.

Te espera en ellos... ¡María!

(Llamándola. Los mismos movimientos que ántes; pero se aproxima algo.)

Ámala mucho... hija mia.
¿Quién suple á una madre? ¿Quién?
(Aparte.) ¿En quién creyera, Señor,
si supiera que su madre!...

MAGDAL. (Con voz sorda, extendiendo los brazos á su esposo, pero sin acercarse á él.)

¡Pablo!... ¡Pablo!

(Acercándose más.)

D. PABLO. Las dos...

MARÍA. ¡Padre!

D. PABLO. Ven... más cerca... por favor...

(A Magdalena. Magdalena al fin se acerca: D. Andrés la coge y la obliga á caer de rodilles junto á D. Pablo, que la atrae á sí.

Mucho, mucho te he querido,

(A Magdalena.)

y si tu amor... me dió muerte...

(En voz baja.)

muero bien... ¡de aquesta suerte!
Recoge el postrer latido
de mi pobre corazon...
recoge mi último aliento...
y mi último pensamiento
de cariño y de perdon.
(A su hija.) Y tú... mi bien... mi María,
limpia de tu llanto el tul,
que quiero ver el azul
de tus ojos, hija mia.

No os separeis de mi lado:
dad calor al pecho mio;
¡tendré despues tanto frio
allá en el sepulcro helado!

(Pausa.—Comienza á agonizar.)

Quiero... mis tristes... despojos...
en vuestros brazos... dejar...
y vuestra imágen... llevar...
en el alma!... y en los ojos...
Yo... su inocencia... proclamo...
Yo... contra todos... la abono...
¡Ven!... ¡Más cerca!... ¡Te perdono!...

(Al oido.)

¡Ven!... ¡Magdalena!...

(Abrazándose á ella desesperadamente, y reuniendo todas sus fuerzas para este último grito estrindente y apasionado.)

¡¡Te amo!! (Cae muerto.)

MARÍA. (Estrechándole entre sus brazos y quedando inmóvil sobre el cuerpo de su padre el resto de la escena.)

¡¡Padre!!

MAGDAL. ¡Pablo!

(Llamando á D. Pablo y tocando su cadáver.)

¡Ya está inerte!
¡Pablo! ¡Pablo!

(Llamándole como si pudiera oirla, y tocando la frente, las manos y el rostro de su esposo.)

¡Ya está frio!
¡Escúchame, Pablo mio!
¡Oye! ¡No quiero perderte!
¡Atiéndeme! ¡Te dí muerte
yo misma!... porque te amaba.

(Con indescriptible desesperacion y con todos los extremos que la actriz crea convenientes.)

Y además...

(Levantándose con repugnancia y horror, como si huyera de sí misma.)

¡Porque la lava
me abrasó de la impureza!

Mira... mira... *Cómo empieza.*

(Señalando á Torrente.)

Mira... mira... *Cómo acaba.*

(Señalando al cadáver.)

(Los personajes quedan en el órden siguiente: Don Pablo en tierra, abrazando su cadáver María; á su lado D. Andrés. A la izquierda Torrente queriendo ocultar el rostro. Magdalena, como figura principal, en el centro y en pié, delirante, trágica y en la actitud que su inspiracion preste á la actriz.)

FIN DEL DRAMA Y DE LA PRIMERA PARTE DE LA TRILOGIA.

118

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada *El Teatro*, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

CORRER EN POS DE UN IDEAL,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

JOSE ECHEGARAY.

TERCERA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLÓN, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1883.

202194

Echegaray, José
La ultima noche, etc.

LS
E184u

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU